

CRISTIANDAD



7 RAZON DE ESTE NUMERO

En su número primero (pág. 17), CRISTIANDAD publicó un fragmento de la Encíclica «Summi Pontificatus», que mostraba la visión que tiene el Papa de la sociedad actual, y otro en el número segundo (pág. 14), que muestra como el Papa, para socorrer aquellos males, toma la devoción al Corazón de Cristo como Alfa y Omega de su Pontificado.

Damos hoy un tercer fragmento de esta Encíclica (presentado por J. M.^a Minoves Fusté), que constituye el final de la misma.

Su Santidad Pío XII se refiere, en él, a Polonia, primera de las víctimas de esta guerra y símbolo de todas; e invita a los fieles a imitar a la Iglesia primitiva, constante en la Oración y en la Caridad, haciéndose suya una bella plegaria de la «Didaché», pequeña obra anterior al Evangelio de San Juan.

Con esto queda explicada la razón de este número, añadiendo tan sólo la referencia especial a la figura de San Pedro, protagonista de la primera parte de los Hechos de los Apóstoles, que nos narra la vida de la Iglesia naciente, y cuya festividad se celebró estos días pasados.

Se distribuye este contenido en los siguientes artículos

Editorial. **Auxilium Christianorum** (pág. 1).

Sección «**Plura ut unum**». **San Pedro y San Pablo Apóstoles**, por el Dr. D. Félix Sardá y Salvany (págs. 2, 3 y 4). **Cristianización de Polonia**, por Luis M.^a Figueras (págs. 5 y 6). **Polonia en la Edad Media**, por Mercedes V. Roig (págs. 7 y 8). **Sobieski**, por José M.^a Bofill (págs. 9, 10 y 11). **La Decadencia de Polonia**, por M. Valenzuela (págs. 14 y 15). **Kosciuszko**, por G. Valenzuela (págs. 16 y 17). **Algunas escenas de la vida de Pedro y de la Iglesia primitiva reseñadas en los Actos de los Apóstoles**, por Jaime Bofill (págs. 18 y 19). **La Didaché o doctrina de los doce Apóstoles**, por Esteban Miquela, Pbro. (págs. 20 y 21).

Fragmento de la Encíclica «Summi Pontificatus» (págs. centrales).

Sección «**A guisa de tertulia**». **Ernesto Hello, profeta anacrónico**, extracto de un artículo de nuestro querido colega **Misión**, por Iván d'Arledo (pág. 22).

Sección «**A la luz del Vaticano**». La vida. Comentario Internacional: **El Calvario de Polonia**, por José-Oriol Cuffi.

Completan este número, ilustraciones de Ignacio M.^a Serra Goday y Antonio Marin.





CUEVAS DE ARTA-MALLORCA

Múltiples son las bellezas con que dotó Dios a esta privilegiada Isla, de todas sobresale una por su magnificencia:

LAS MARAVILLOSAS CUEVAS DE ARTA

CRISTIANDAD *sostiene intercambio con las siguientes Revistas y publicaciones nacionales:*

Acies (Logroño)

Analecta Sacra Tarraconensia (Barcelona)

Ciencia tomista (Salamanca)

Cisneros (Madrid)

DESTINO (Barcelona)

El Español (Madrid)

Hoja parroquial de Acies (Logroño)

La Familia (Barcelona)

MISION (Madrid)

Misional Hispánica (Madrid)

Mundo (Madrid)

Palestra Latina (Barbastro)

Razón y Fé (Madrid)

Revista de Estudios Políticos (Madrid)

Signo (Madrid)

Spes Nostra (Madrid)

Studia (Palma de Mallorca)

UNIDAD (San Sebastián)

Verdad y vida (Madrid)

Sala y Badrinas

Tejidos de Lana

DESPACHO EN BARCELONA

Caspe, 33 B

FABRICA EN TARRASA

Prim, 59

JOSE RIGUAL **MATARO**

CRISTIANDAD

NÚMERO 7 - AÑO I

SUSCRIPCIÓN:
ANUAL 48'— Ptas.
TRIMESTRAL 12'— »
EJEMPLAR 2'50 »

REVISTA QUINCENAL

1.º Julio de 1944

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
CASPE, 60, 2.º, 1.º. TEL. 24870
BARCELONA

“AUXILIUM CHRISTIANORUM”

«POLONIA, por su fidelidad a la Iglesia, por sus méritos en defensa de la civilización cristiana, escritos con caracteres indelebles en los fastos de la Historia, tiene derecho a la simpatía humana y fraternal del mundo...»

En la Encíclica «Summi Pontificatus» figuran — privilegio especialísimo — estas palabras de singular afecto hacia la nación polaca, la primera gran víctima de la guerra.

Para Pío XII, Polonia simboliza al mismo tiempo a todos los que sufren, a todas las naciones absorbidas por la guerra; y, en especial, a las naciones católicas, hacia las cuales ha de sentir el Pontífice una especial caridad.

Poco importa, en el momento de la aflicción, que los propios errores de Polonia hayan sido a menudo la causa de sus infortunios: sólo saldrán de la boca del Padre palabras de consuelo. Y estas palabras, desafiando el riesgo de ser mal interpretadas, están impregnadas de energía: «Polonia espera, confiada en la poderosa protección de María, «AUXILIUM CHRISTIANORUM», la hora de una resurrección conforme a los principios de la justicia y de la verdadera paz.»

Esta invocación de Auxilium Christianorum, trae a la memoria la lucha contra los Turcos, en la que Polonia tuvo una intervención tan destacada, ya que en ocasión de aquella lucha fué añadida a las letanías de la Virgen.

«Auxilium Christianorum». Pero, si no es ahora el peligro turco la amenaza de Europa, las palabras del Papa sugieren intencionadamente un inevitable paralelo.

Un grave peligro, en efecto, como en los tiempos del héroe polaco, viene de Oriente. No es ciertamente el único; pero sí, seguramente, el más grave, desde el momento en que importantísimas masas europeas lo consideran, precisamente, como el único remedio a sus males.

* * *

Ante aflicciones como la de Polonia, «el deber de la caridad cristiana no puede ser palabra vacía, sino realidad viviente». Ello hace levantar los ojos del Papa a aquella Iglesia primitiva, que había sabido dar a su caridad el cauce que le es especialmente apropiado: la oración; la Iglesia que había gozado de la presencia corporal de María Auxilio de los Cristianos, cuya poderosa protección, por desgracia, tantas naciones han rechazado...

* * *

Al dedicar a Polonia parte de este número, CRISTIANDAD se limita, casi exclusivamente, a referirse a sus inicios como nación católica; y a los dos momentos de la historia polaca que representan los nombres de Sobieski, el vencedor, y Kosciuszko, el vencido.



San Pedro y San Pablo Apóstoles

Dr. D. Félix Sardá y Salvany

La historia de la Roma gentil comienza con los nombres de Rómulo y Remo, fundadores de ella; la de la Roma cristiana con los más gloriosos de Pedro y Pablo, que allí asentaron la dominación cristiana.

Los primeros, hijos de la deshonestidad, jefes de atrevidos bandoleros, raptos y homicidas, pusieron los cimientos de un imperio, poderoso es verdad, pero terreno, material, feroz y brutalmente avasallador como las pasiones a que debió su origen.

Los segundos, criados en la doctrina de Cristo, hermanos por el apostolado y el martirio, con un báculo por cetro y una cruz por arma de conquista, dejaron establecido el imperio de la fe bajo la supremacía de Roma, más durable que aquel otro, más vasto, más influyente, más glorioso.

No hay en la historia ejemplo de otra institución como ésta. Muchas dinastías hemos visto acabar desdichadamente en un patíbulo. Ninguna empezar por él. Así todo es en la Iglesia anormal y humanamente absurdo, porque todo es celestial y prodigiosamente divino.

Vedlo, si no. Pedro y Pablo, cuyas reliquias descansan diecinueve siglos ha bajo las bóvedas de sus respectivas basílicas, no son (humanamente considerados) más que dos reos oscuros, pobres judíos, ajusticiados como otros mil por el cruel Nerón.

Hemos visitado, a la vez con terror y consuelo sumos, aquella espantosa cárcel Mamertina en que estuvieron encerrados los dos Apóstoles antes de morir, y de donde salieron para el suplicio. El origen de aquella sombría mazmorra se remonta a los primeros tiempos de la Roma gentil. Toda la historia del imperio romano y de su república y de su primitiva monarquía ha desfilado, por decirlo así, ante aquellos ennegrecidos muros. ¡Cuántas víctimas han gemido en su horrible fondo! ¡Cuántos príncipes y generales prisioneros de guerra! ¡Cuántos reos de Estado y caudillos de vencidas revoluciones! Y, sin embargo, nadie salió de allí más que para morir y ser luego olvidado. ¿Qué extraño destino fué el de esos dos reos cristianos, que, al revés de los otros, murieron, sí, al salir de ella, pero fué para dejar firme y sólida y eternamente establecido lo que con su muerte se quería acabar?

Quien tan ciego esté que no vea la divinidad de la Iglesia en su autor Cristo y en las páginas del Evangelio, véala por lo menos, o por lo menos sospéchela, en ese fenómeno que le apuntamos. De una cárcel salió a dominar en todo el universo la Iglesia de Dios.

Y decídmelo ahora: ¿quién, después de esto, extrañará que desde una cárcel pueda seguir dominándolo hoy? Pierden, pues, el tiempo los que del Vaticano, cercado de guardias y asediado por el incesante aullar de las sectas, quieren hacer la cárcel del Pontificado. Cárcel será, pero no de más espesos muros que los de la Mamertina. Y pues éstos no ahogaron en germen la vida del Pontificado, no la ahogaran hoy aquéllos en la plenitud de su desarrollo. ¡No será ahogada, no, allí, la voz de Pedro, que todavía ejerce sobre el mundo su magisterio inmortal! ¡No será arrancada, no, la fe de Pablo, que el glorioso Apóstol predicó y dejó regada con su sangre fecundísima! Diecinueve siglos ha, están pasando sobre el suelo de Roma tiranos, bárbaros, herejes, demagogos y falsos soñadores de pagana restauración. Ninguno de ellos hace más que pasar sobre aquella tierra de la que Pedro y Pablo tienen tomada posesión eterna. Nadie arraiga allí, más que el trono de los oscuros galileos que en prenda dejaron allí su sepulcro.

Lo de hoy, ¡válganos Dios!, lo de hoy es una de tantas borrascas como allí se han sucedido y hasta el

fin de los siglos se sucederán. Borrascas furiosas, sí, pero pasajeras; borrascas que azotan el árbol y esparcen algunas hojas de él, o desgajan alguna que otra rama, pero no logran hacer vacilar el tronco perpetuamente inmóvil.

Desde Nerón que crucificaba a Pedro y decapitaba a Pablo, hasta los tiranos que hoy no llegan a ser viles parodias de aquel gran perseguidor, cada persecución es un triunfo más para la Iglesia, cada embestida de sus enemigos un nuevo certificado que le dan de su incontrastable solidez.

¡Bien asentada la dejó sobre los firmísimos cimientos de Pedro y Pablo la mano de su divino Fundador!

* * *

Supongamos, lector amigo mío, que un pobre barquero de nuestras playas, zafio, ignorante, sin cuartos y sin letras, tiene un día la ocurrencia de hablar para sí en los siguientes o parecidos términos:

«Soy pobre, poco menos que un mendigo; ignorante, casi, casi como un niño; toscos como el maderaje de mi barca de pescador. No he cruzado otros mares que los de esta playa, ni he visto otros puertos que esta modesta cala de mi pueblo natal, ni he admirado otras ciudades que las casas de mi aldea. No he tratado con otros personajes que con mis compañeros de oficio, y con mi mujer y mis padres y mis hijos, ni he tenido nunca otros pensamientos ni otra ambición que pescar algo de noche para sacar unos pocos cuartos de día, y ganar así con mis sudores un mendrugo de pan duro y moreno, el pan del pescador.

«Sin embargo, se me antoja ahora un proyecto singular. ¿Cuál es hoy día la Corte más poderosa en Europa? Oí decir que es Berlín, capital de Alemania. Allí reina un poderoso Emperador que ha conquistado con sus ejércitos grandes provincias, y ejerce sobre todas las demás naciones una autoridad y preponderancia sin límites. Voy, pues, a Berlín.

«¿Y a qué? A propagar allí unas ideas y unas máximas contrarias en todo a las ideas y a las máximas de aquel país, y a las que favorece y apoya con su formidable poder aquel Emperador. A decirle a él que anda equivocado; que el Dios que adora no es el verdadero Dios; que la ley que profesa no es la verdadera ley; que es necesario volver todo lo de abajo arriba y todo lo de arriba abajo; que se ha de seguir una religión nueva, áspera y mortificante, y que todos, desde el emperador hasta el mendigo, me han de obedecer a mí, que soy el jefe de esta nueva creencia.

«¿Y con qué elementos cuento? Con ninguno, si va a decir verdad; con un báculo para apoyarme, un zurrón de mendigo en las espaldas, unos labios toscos para predicar, y una cabeza que perder el día en que dicho emperador, cansado de oírme, me mande decapitar tan sencillamente.

«¿Y con qué esperanzas? Con la esperanza, digo mal, con la seguridad de alcanzar mi propósito; es decir, de establecer allí mi extraña doctrina, obligar a todos a seguirla, y hasta arraigar en aquella misma Corte un nuevo trono para mí y para mis sucesores. Sí, porque tendré sucesores. Y los tendré cien años, y doscientos, y quinientos, y mil ochocientos, hasta la consumación de los siglos. Y aquel emperador con todos los suyos habrá desaparecido, y apenas quedará de él memoria sobre la tierra, y los míos sobrevivirán aún. Y eso a pesar de que lo primero que hará aquel emperador será ajusticiarme como se ajusticia a un malhechor ordinario.»

¿Qué dirían mis lectores a un pobre barquero de nues-

tras playas a quien le oyesen semejantes despropósitos? «¿Con que tú has de ir a Berlín, y persuadir de cosas tan extrañas a aquel pueblo y derrocar a aquel emperador y al canciller Bismarck por añadidura, y reinar después de él y en su propio trono, y eso después que él te haya hecho colgar de una horca?» Os reiríais, lectores míos, de aquel pobre mentecato, y por hacerle gran favor, buscaríais para él una plaza en un manicomio. Los más benévolos le llamaríais soñador, y le pediríais os contase sus planes disparatados cuando quisiérais divertirnos un poco. ¿No es así?

¡Sueños! ¡Sueños! Y sin embargo, sueños hay que verdades son, dice el refrán, y lo que son sueños para los hombres, son a veces para Dios espléndidas realidades.

Dejemos las vaguedades de la suposición, y vámonos derechos al terreno firme y llano de la historia. ¡Hechos, hechos!

¿Quién era Pedro? Un rústico barquero de las playas de Galilea, más rústico y pobre e ignorante que los barqueros de las playas de nuestra patria.

¿Qué se le metió en la cabeza a ese barquero? Poca cosa. Dejar su barca; irse a Roma, ciudad cien veces más poderosa que Berlín de nuestros días; hablar allí alto y claro a un poderoso emperador, llamado Nerón por más señas (¡vaya un nene!); decirle poco más o menos que venía a volver lo de abajo arriba y lo de arriba abajo; predicar el descrédito de sus afamados dioses, y el culto de un nuevo Dios clavado por toda recomendación en un cadalso; establecer allí su trono y proponerse reinar en él, aun mil años y dos mil años después que habrían caído del suyo el emperador y sus sucesores. ¡Preciso es confesar que se le metieron en la cabeza a Pedro el barquero cosas muy originales!

¿Y las emprendió? Como dos y dos son cuatro. Y no sólo las emprendió, sino que las realizó. Sin humana instrucción empezó a confundir a los sabios, sin elocuencia empezó a persuadir a los pueblos, sin armas empezó a vencer a los emperadores, sin riquezas empezó a edificar templos. Ahí tenéis su obra. La Roma cristiana de nuestros días, con sus magnificencias, con su dominación universal sobre los corazones, con su dinastía de más de doscientos Príncipes sucesores suyos, todo esto es obra de él, del pobre barquero, del loco pescador, del soñador de Galilea.

¿Y qué fué de su persona? Claro; lo que había de ser. Que a las primeras palabras cogieron en sus garras los satélites del emperador, y dieron con él en la cárcel de los criminales, y de allí le llevaron a morir. Y no obstante, él aseguraba que de este modo había de vencer, y todo el mundo se reía del pobre loco; y el loco, no obstante, tuvo razón. Ya lo habéis visto. Venció, y los suyos reinan todavía.

¿Qué misterios tan estupendos ofrece la naturaleza! Y son nada aún en comparación de los que ofrece la historia. ¿Y quién podrá explicar estos misterios de la historia, sobre todo si se empeña en no reconocer en ella el resorte principal, la mano de Dios?

Si hay algún incrédulo que me lea, suplícole me explique esta página de la historia. Pedro el barquero atacando el formidable poder de los emperadores de Roma pagana. Los emperadores de Roma pagana aplastando un gusanillo de la tierra bajo la pisada de un gigante. Y sin embargo, el gigante con su formidable poder desapareciendo en pocos años de la escena del mundo, y el infeliz Pescador, el mísero gusanillo ocupando el lugar del gigante y reinando en su misma capital en un trono que dura ya diecinueve siglos. Suplícole a este pobre incrédulo que me diga si estos hechos son o no son verdad; y en caso de serlo, como no puede negarlo, que me saque de dudas; pronto, pronto; que me resuelva cómo pudo hacerse todo esto si no lo ha hecho Dios. Y si lo ha hecho Dios, poniéndose en contradicción con todo lo que suele suceder en tales casos, invirtiendo todas las leyes históricas, trastornando todos los cálculos humanos, haciendo de sueños ridículos, magníficas realidades, entonces habrá de confesar que en el establecimiento de nuestra sacrosanta Religión hay siquiera un milagro, el milagro histórico de su establecimiento sobre la tierra. Y si tiene algo de lógica o de buen sentido, habrá de

confesar que una religión cuyo cimiento es el milagro ha de ser por consecuencia la única verdadera Religión.

Tales recuerdos y enseñanzas sugiere la solemnidad presente, aniversario de la muerte de Pedro, el primer Papa. Púsole Dios como primera piedra al edificio visible de la Iglesia, y todavía se está firme allí donde le puso diecinueve siglos ha la mano de Dios. Sueño parece todavía hoy como lo parecía a los sabios de los primeros tiempos. Sueño parece, y sin embargo, hoy como entonces, es magnífica realidad. Así obra Dios. En cambio los cálculos de los hombres, sus fastuosas empresas, sus colosales proyectos, desaparecen como el humo; sus realidades suelen no ser otra cosa que hermosos ensueños. Así obran los hombres.

El que sabiendo todo esto se muestra aún alarmado y desconfiado por las vicisitudes del porvenir, manifiesta, lector amigo, tan poca fe como poca razón. Dejemos obrar a Dios para admirarle. Dejemos obrar a los hombres para compadecerles. ¿Qué es la historia pasada y presente, y qué será la futura sino el relato oficial de los sueños vanos de los hombres y de las magníficas realidades de Dios?

* * *

Decididamente hay que confesar además, amigos míos, que o la barca o el Barquero han salido cosa superior en el ramo, según se ríen siglos ha de escollos y tempestades.

Comprenderán todos, si no lo han comprendido ya, que hablo de la barca de Pedro, es decir, de la Iglesia católica, apostólica, romana, que es la susodicha barca, como mil veces habrá oído relatar en libros y sermones.

Y cuenta que no se la llama con el término genérico de buque, ni con los especiales de navío, fragata o bergantín. Barca se la llama, conforme al oficio de su dueño, que no fué almirante ni capitán, sino simplemente barquero y pescador de los más llanos; barca, es decir, lo más humilde y ruin que se conoce en la navegación, lo que con sólo nombrarlo trae a la memoria una quilla más o menos carcomida, palos y vela con más de un remiendo, horror a los viajes en alta mar, frecuentes naufragios junto a la misma costa. Barca se la llama, y convengamos en que la metáfora, algo más que humilde, hasta parecería a alguien, que no estuviese en el secreto, indigna y depresiva.

Y barca, no obstante, hay que seguir diciendo, como siempre, aunque no sea más que para dejar acreditado una vez más aquello de San Pablo, celestial maestro de divinas paradojas: *Infirma mundi elegit Deus, ut confundat fortia*.

Porque si no, échense a discurrir y a navegar por esos mares de la historia adentro, y consideren cuánto navío real de soberbios castillos y de elevados mástiles se ha lanzado a viajar por ahí con arrogantes títulos en la proa, izada a todos los vientos gallarda bandera, desafiando vientos y arrecifes... y, sin embargo, a lo mejor dió con ellos al través cualquier golpe de mar, o los pasó por el ojo el enemigo con quien menos contaban encontrarse en el camino de sus triunfos. Llenas están las costas de sus restos despedazados, y la barca de Pedro entretanto, ¡oh!, la barca ésta boga confiada y tranquila, como cuando por vez primera la botó al agua desde el Cenáculo de Jerusalén el soplo del Espíritu Santo.

Y no está ahí toda la rareza del caso; sino que se observa que cuantas veces la humilde barquilla tropieza en su marcha con uno de esos buques de gran calado, no es ella la que se va a pique, sino éstos, quienes empujan al punto a hacer agua por todos lados, o no sé yo por dónde; hundiéndose a la corta o a la larga, sin que les valga dar a la bomba con todas sus fuerzas. Así hemos visto salir brillantemente empavesados y muy luego desaparecer, como una cáscara de nuez en el océano de los siglos, navíos tan arrogantes como el que en los tres primeros siglos se llamó Imperio romano; y el que en el cuarto y quinto y sexto se llamó Arrianismo; y el que en los siguientes se llamó Mahoma, y fué de valeroso empuje; y el que hace poco asombró al mundo, y se llamó Napoleón el Grande, y fué a parar deshecho

4 PLURA UT UNUM

a Santa Elena; y el que en nuestros propios días metió en zafarrancho a no pocos y se llamó Napoleón el Chico, y zozobró miserablemente en Sedán. Y la barca ruin, por ellos despreciada y mil veces embestida, la barca del Pescador, gobernada por débiles manos, frágil, desvenecijada al parecer, siguió bogando, como si la arrullasen suavemente las brisas primaverales en vez de los huracanes que en torno suyo desataba la rabia del infierno.

Ahora mismo, hoy, en estos momentos, ¡cuánto buque formidable, acorazado y llenos sus puentes de inmensa artillería, cruza orgulloso los mares en son de guerra contra la tímida barca del Pescador, que en frente de tales colosos no debería siquiera atravesarse a desplegar su humilde vela! Así discurriría el mundo, así lo resolverían de plano su prudencia y su sabiduría. Y sin embargo, ¡medrados andaríamos si no fuese muy otra y no juzgase de otro modo la sabiduría de Dios! Dejad, dejad que naveguen viento en popa los soberbios y los engreídos de hoy; dejadlos con sus pomposos títulos, y sus bandas de cañones, y sus altivos gallardetes, y el admirable, inconmensurable, prodigioso talento de sus pilotos. Veréis cómo a lo mejor se les oscurece el cielo, y pierden la brújula, y andan sin tino, y embarrancan miserablemente, quizá no en peligrosos escollos, sino... en cuatro granos de arena, para mayor ignominia suya. Y veréis cómo la barca del Galileo sigue su derrotero inmortal, hasta tocar a puerto feliz en las playas eternas.

Pues en achaque de navegaciones, figúraseme a mí, aunque lego en el arte, que son gran cosa las condiciones marineras del buque; pero se me antoja también que deben de tener todavía mayor importancia la destreza y energía del que va al timón. Vieja podrá serlo nuestra barca; humilde también: mal aparejada de humano atalaie, así, así; pero el Barquero... ¡oh! ¡el Barquero! ¡Mal año para quien se ponga con él en luchas y competencias! Atrevidillo, tanto que podría creerse se goza en meter en golfos y malos pasos su embarcación, por el solo gusto de acreditar maestría; blando y amoroso para quienes le pidan acogimiento; pero recio y de dura condición para quien pretenda disputarle el dominio de los mares y el señorío de su Real pabellón. ¡Es barquero como él solo!

¡Ad de la barca, amigos míos, que monta tal Barquero, y luego... ¡venga temporal!

* * *

Hémonos familiarizado, como con tantas otras cosas, con la inverosímil institución del Papado, lo cual es causa de que no nos asombre como debiera lo maravilloso de este fenómeno histórico, que no podemos ciertamente calificarlo de otra manera.

Fenómeno, en el sentido de caso raro, excepcional, fuera de toda ley ordinaria en las cosas humanas.

Estudiémoslo hoy con motivo de la fiesta del glorioso San Pedro, Príncipe de los Apóstoles.

No se da en los miles de años que cuentan los anales de la humanidad otro sucedido igual a éste, o que con éste tenga género alguno de analogía.

Trátase de una dinastía que surgió de un patíbulo, para ascender desde él a un trono; muy al revés de las humanas dinastías, que suelen principiar en trono y desaparecen no pocas veces en la obscuridad, y algunas en el patíbulo.

De suerte que el origen de la de que se trata es ya opuesto al de todas las demás. La ley histórica de las otras es ir de más a menos, como si dijéramos, de arriba abajo: la de la presente es ir de menos a más, de abajo arriba.

Ved la distancia recorrida desde las lobregueces de la cárcel Mamertina a los esplendores del Vaticano, y tendréis la expresión plástica del hecho histórico que acabamos de indicar.

Y si es raro el origen de esta monarquía, no lo es menos la naturaleza de su constitución. El principio hereditario es el único que ha podido dar cierta relativa estabilidad a las más famosas del mundo. Aquí se ha prescindido absolutamente de este elemento. La estabilidad se ha encomendado más bien a lo que podríamos llamar su más opuesta antítesis, cual es el sistema electivo.

Y reparadlo bien. Diríase que en esta singular monarquía no hay más ley constante que la de las incongruencias y viceversas. Las monarquías electivas en la historia del mundo fueron siempre las de menos duración; ésta se quiso hacer de este modo la más permanente. Estuvieron aquéllas sujetas al continuo vaivén de facciones y partidos; ésta ha sido la más inmutable. No tuvieron lustre y majestad exteriores más que cuando se los dió pasajeramente la espada de algún rey, valeroso caudillo; ésta fué grande y respetada no teniendo más que príncipes inermes y la mayor parte débiles ancianos.

Pero hay otro contraste todavía. Las monarquías electivas fueron siempre aristocráticas, y debieron su arraigo a los grandes señores que a su derredor les formaron una como muralla de poderosas estribaciones. Aquí pasa todo lo opuesto. La monarquía pontifical, humanamente hablando, aparece apoyada en el más deleznable y movedizo de todos los fundamentos sociales: el de la democracia. Tiene una corte, cuyos individuos (recientemente lo acabamos de ver) salieron más de una vez de la clase más humilde del pueblo, la de los artesanos y jornaleros. Impone la obediencia, pero es por la persuasión. Cobra tributos, pero sin amenaza de embargos ni apremios. Dilata sin cesar su inconmensurable frontera, pero sin más armas que la palabra.

Con estas condiciones tan raras, por no decir tan contrarias al sentido práctico de la humanidad, vive el Papado. Y si fuera gran maravilla haber vivido así cuatrocientos o quinientos años, véase qué maravilla será haber vivido mil novecientos años, que son matemáticamente los que lleva ya sumados en los anales del mundo esta extrañísima institución.

Y ya que se reconoce que no la ha garantido el poder de las armas, no se diga que la afirmó el prestigio de la sabiduría. Porque no todos los Papas fueron profundos filósofos como León XIII, ni vastos bibliófilos como Benedicto XIV, ni delicados humanistas como León X, ni hábiles hombres de Estado como Sixto V o Gregorio VII. Está dicho todo con decir que el tipo modelo de esta serie de reyes fué Pedro, de Galilea: fué un pescador.

Es, en resumen, el Pontificado un enigma de la historia. ¿Dónde hay que buscar, pues, la clave de este enigma? Inútil es buscarlo en humanos resortes. O si no que los diga y los explique, a satisfacción nuestra y de sí propia, la impiedad. Hay que subir más arriba para hallarlo, y abrir el Evangelio y sacar de allí archivada el Acta notarial de fundación.

«En verdad te aseguro (dijo Cristo a Cefas el pescador) que tú eres Pedro, y sobre tal piedra fundaré mi Iglesia, y el poder del infierno nada podrá contra ella.»

Esto se dijo y se firmó por Quien decirlo y firmarlo podía, y porque decirlo y firmarlo podía, se cumplió.

Y la historia de mil novecientos años no es más que una auténtica certificación de cómo se ha cumplido.

Y los furiosos del infierno, y los sacudimientos sociales de todo género, y las mudanzas mil de los hombres y de los siglos, y los cien y cien imperios a su vista, tan pronto nacidos como derrumbados, y el talento y la astucia diplomática, y la espada y el oro, unidos más de una vez contra él en pavorosa conjura; todo eso de nada ha servido más que de autentizar que la obra que en medio de todo y a pesar de todo queda siempre en pie, no es obra de hombres. Y si no es obra de hombres, ¿de quién ha de ser obra sino de Dios?

CRISTIANIZACION de POLONIA

I



Bamberg, vieja ciudad alemana sobre el Regnitz, conserva la venerable reliquia de su Evangeluario, miniado allí mismo, al declinar el siglo décimo por un monje renano, a quien un día le cupo en suerte iluminar su pergamino con la figura serena del Emperador Otón III, cuya silueta aureolan condes y Obispos del Imperio.

Cuenta la Historia que por allá el año 1000 fué este Emperador en devota peregrinación hasta Gnosén, en la Gran Polonia a visitar cual romero la tumba de San Adalberto, y dicen que una vez allí contemporizó con el príncipe de aquel país, llamado a la sazón Boleslao y en fraternal abrazo le llamó hermano y colaborador del Imperio.

Esto venía ocurriendo hacia el 1000.

Pero antes de llegar a tal extremo, y que Polonia contara con obispado independiente, de rito latino. ¿Qué había ocurrido? ¿Quién la cristianizó?

Apartada caía Polonia de la civilización y muy alejada de la cultura de la alta Edad Media. Noticias no las tenemos hasta el siglo IX en que la ambición de un hombre le lleva a fundar un reino y una dinastía: la de los Piasti soberana sobre los Poliani, los Slesianos y sucesivamente de Masuvianos, Vistulanos y Pomeranos.

Sin embargo un fuerte dogal atenazaba su independencia política. Los eslavos del Este y los germanos Occidentales: los príncipes de Kiew y los margraves tedescos. Su situación era difícil.

Paso en firme fué el dado por Miceslao, al confirmar por un documento de 958 la donación del reino polaco a la Santa Sede en concepto de «Patrimonium Petri». Nueva oportunidad la tuvo su sucesor Boleslao con la rota del príncipe de Kiew.

De esta manera los rusos, cismáticos, que nunca hubieran reconocido la supremacía temporal del pontífice en Polonia, tras la donación de Miceslao, quedaron eliminados; y los margraves tedescos vieron frenadas sus ambiciones. La Santa Sede era el único poder capaz de rivalizar con el Imperio y aún someterle.

Por tanto, una sola causa ha dado lugar a dos consecuencias. Por una parte la independencia de Polonia frente los rusos bizantinizados de Kiew. Por otra sustraerse a la influencia de los Margraves sajones. La causa fue el Cristianismo.

Pero seríamos injustos olvidándonos de un hecho: el papel que la colonización germánica, orientada en los esfuerzos de estos condes de las Marcas, tuvo en la obra de cristianización. Porque fué siglo y medio el tiempo transcurrido desde la penetración del primer misionero occidental hasta la concesión del primer arzobispado independiente, de Gnosén, hecha por Otón III, y fué precisamente durante este tiempo que, desde la base que constituía el arzobispado de Hamburgo, una floración de misioneros alemanes fueron en pos de estos condes fronterizos a establecer — en la salvaje llanura que era Polonia, entre los claros de sus selvas inmensas al borde de las fontanas — los primeros monasterios polacos que aún hoy se alzan cubiertos sus muros de verde arrayán y enrojecidos sus cimientos por la sangre de sus primeros testimonios.

II

Tan difusas como el mismo territorio — arenales pomeranos, selvas polacas — fueron las primeras fronteras del germanismo con los pueblos eslavos. «La frontera

eslava de Alemania, dice Michelet al describirnos la Germania, ha estado sobre el Elba, luego sobre el Oder y tan indecisa como el Oder, este río caprichoso que tan a menudo cambia de ribazo».

Por que es el caso que al correr de los tiempos ha ido avanzando más y más hacia el Este, y esta progresión la señalamos fácilmente en la toponimia de sus ciudades.

Basta una ojeada al mapa para comprender la importancia de Magdeburgo, en la confluencia de dos ríos — que nos recuerda el benedictino monasterio de Fulda —. Fundada por Carlomagno en 805, era la más oriental de las ciudades de la Sajonia, vecina a la Marca del Norte.

Era en tiempos del Emperador sajón Otón II, cuando tuvo lugar dentro de los almenados recintos del burgo la fundación de una filial benedictina, por el año 937. Diligentes los monjes en la aplicación de la Regla, creció el monasterio en importancia; a su alrededor se agruparon labriegos eslavos del Nordmark, el frutal se entroncó con el viñedo y los trigales dorados besaron los muros, color pan moreno del burgo; al fondo la masa verde de los pinares.

Llegó un día en que la influencia se dejó sentir hasta las apartadas regiones de la Bohemia, a orillas del Vístula y en la lejana Pomerania cuando las conquistas eslavas de Otón II franquearon el limes de la Lusacia. Y fué así como en 961 el Pontífice reinante, Juan XII, decidió erigir a Magdeburgo en Arzobispado. La decisión fué debida al deseo de que «después de haber sido vencidos los eslavos y haberles conducido a la Fe cristiana no se encontraran expuestos, por la falta de Pastor, bajo la pujanza infernal», y poco después añade que «es por esto que ordenamos que el monasterio de Magdeburgo, edificado en Sajonia sobre el Elba, y como el más próximo a estas naciones, sea erigido en sede arzobispal y que pueda gobernar a este rebaño de sufragáneos» con la advertencia que señala más adelante de que «cuando Dios por el ministerio del Emperador y sus sucesores, habrá conducido al Cristianismo a los eslavos vencidos, queremos que establezcan obispados en los lugares convenientes y que sus Obispos sean consagrados por el Arzobispo de Magdeburgo, convirtiéndose en sufragáneos». Tal es, en términos generales, el contenido de esta Bula dada en 12 de febrero de 962.

Queda con ello establecida una nueva sede, esta vez fronteriza e independiente de la de Hamburgo. Los preliminares para la Evangelización están ya sentados. Sólo faltaba el apóstol que esparciera la doctrina, y este apóstol fué precisamente aquel Adalberto, cuya tumba visitó, hacia el año 1000, el Emperador del Evangeluario.

III

Era el año del Señor 968, cuando una fría mañana primaverales oía el tañir alegre de las campanas, sobre los campos del Nordmark, desde los torreones del viejo monasterio benedictino, lanzadas al júbilo general.

Convocados en magna asamblea, obispos, margraves y señores de la Sajonia oriental, bajo las bóvedas de la nueva metropolitana, entre cuyos románicos capiteles se filtraba la policroma claridad, consagraban al primer Arzobispo de Magdeburgo, Adalberto, antes humilde monje de San Maximino de Tréveris, en la Galia, y ahora Metropolitano de todas las naciones eslavas al otro lado del Elba.

Dicen las Crónicas, que la nueva constituyó una jornada de júbilo. Se celebró, después del oficio pontifical, una procesión; y en la plaza del burgo, el pueblo, agitando ramas de abeto, aclamó al Arzobispo. Esto es lo que cuentan las Crónicas acerca de su consagración. Pero veamos lo que fué antes de este monje de Bohemia, cuya fama tenía que cundir tan pronto.

En el año 962, y antes pasando por Braine, entraba el Emperador Otón III en Roma. La Ciudad Eterna envolvía sus ruinas en el velo medieval. Desde la ruta de

la coronación divisaba ya cercano el abigarrado conjunto de sus edificaciones: era la Roma de los Papas.

Los Emperadores alemanes que venían a ceñir la corona de Hierro la veían asentarse entre colinas. En primer término la Palatina, cubierta de huertas frutales, bodegas y vestigios antiguos: «parietibus, petris et columnis» dice un documento de la época. A lo lejos, entre cendales de bruma el Celio, sobre cuya cumbre se elevaba la primitiva mole del Letrán medieval, y entre ambos el conjunto de edificios bajos, de rojiza techumbre, de entre los que descollaban las alegres torres cuadradas de los campanarios. Por doquier ruinas antiguas.

En una de estas colinas — sobre la altura del Aventino — tuvo Otón su palacio, contiguo al monasterio romano de San Alessio y fué precisamente durante su estancia en él, cuando llegó a su conocimiento, de un monje que ya antes había sido Obispo de Praga y que ahora ejercía los más humildes ministerios, en el vecino monasterio. Era San Adalberto.

Se celebró una entrevista. Adalberto se obstinaba en abandonar su celda del Aventino, pero los reproches de su Metropolitano de Maguncia le obligaron a desistir de su empeño. Uniéronse a la comitiva de Otón, cuando éste emprendía su regreso a Alemania, lamentándose, dice un biógrafo, «de que no se le permitiese gozar por jamás del dulce reposo en el seno de la madre de los mártires, del solar de los Apóstoles, de la Roma encantada».

Esta quedaba a sus espaldas y ya muy lejos. No la volvería a ver. Iba a ser Arzobispo de Magdeburgo y ya el Papa había dictado la Bula de 12 de febrero de 962, cuyo contenido hemos indicado.

IV

Desde 968 empieza la obra de Adalberto a fructificar. Su primer cuidado fué el de dar cumplimiento a la Bula Papal. Así surgen los obispados de Zeitz, Meissen, Merseburgo, Bradenburgo, Haveberg y de Poznan, sufragáneos suyos.

Polonia se cristianiza. Se convierte Miceslao en 965, el cual arrastró en pos de sí a las aguas bautismales a la nobleza. Los siervos se rinden a la fe de sus señores.

Primero es la región del Elba al Oder la que se convierte; luego llega al Vístula. San Adalberto continúa incansable. Pretende llegar al Bug, y al Pripet y hasta Kiew, a ser posible.

En el siglo décimo Polonia conquista la Pomerania. Se funda el obispado de Kolberg. Un pergamino lleva la siguiente leyenda «la salvaje barbarie de los pomeranos, humillada por Dios, pide ser sometida a la sociedad de la Iglesia». Y allí procura llegar Adalberto con su esfuerzo. Los primeros edificios monacales se construyen a orillas del Báltico. Pero la lucha es difícil. La idolatría aún muy arraigada hace más penosa su labor. La interna organización de su Metrópoli le reclama, pero no ha de llegar. Al borde del arenal y cuando su sombra cruzaba el umbral de las primeras selvas, cae herido de muerte este gran apóstol de los eslavos. Será a un sucesor a quien cabrá la gloria de cristianizar Polonia: San Otón de Bamberg; por el siglo doce.

San Adalberto había muerto, pero su obra en Polonia se hallaba asegurada. Su cadáver fué comprado a los infieles a peso de oro y enterrado provisionalmente en el monasterio benedictino de Tremezen, y trasladado más tarde a Gnosen. Enterado Otón se apresuró a edificar una iglesia a la memoria del que fué santo mártir y entrañable amigo, en aquella ciudad de sus sueños, la Roma encantada.

Han pasado los siglos, y si un día la fortuna os lleva a Roma veréis alzarse sobre las turbulentas aguas del Tíber una vieja iglesia vecina de la de San Bartolomeo in Isola, cuya graciosa torre de ladrillos rojizos, se alza entre los naranjales de una huerta conventual, en la isla del Tíber.

Allí se guarda el recuerdo de Woitech, el Adalberto latino, Apóstol de Polonia y amigo del Emperador.

LUIS M. FIGUERAS FONTANALS

Aquella Legión polaca...

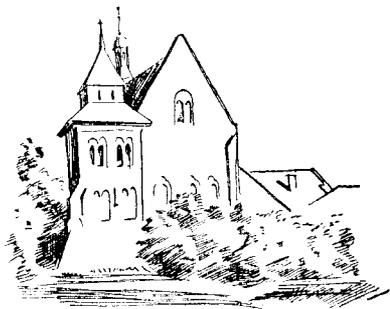
Hoy que la actualidad nos muestra presa en el corcel de Marte la ciudad primera del orbe, la entrada en Roma de una legión polaca trae a la memoria el recuerdo de aquella otra legión que bajo el pontificado de Pío IX, hiciera ondear su enseña extramuros de la ciudad Leonina.

Era a mediados del siglo XIX que el poeta Adamo Mickiewicz, fuertemente influido por las equívocas doctrinas de Towianski, tuvo la idea de formar una legión para independizar a Polonia del yugo moscovita. Y cuando la revolución de Viena, creyó llegado el momento de los grandes acontecimientos profetizados por Towianski, resolviendo por ello crear la legión polaca. «Bastan cien hombres — decía — con bandera polaca, para cruzar Europa de un extremo a otro.»

Porque ya desde 1846 se tenía el proyecto de crear tal legión al servicio del Papa. Y en 1848 Ludovico Orpizewski sugirió esta idea a la vez que pedía al Pontífice «una palabra de resurrección para Polonia», pero Pío IX, como rey de la paz que era, no podía permitir que se alzara en su reino una nueva bandera de guerra.

Sin embargo no rechazó en dar a la nueva enseña su bendición en la ocasión en que los polacos hicieron ondearla al otro lado de los confines pontificios. Pero Mickiewicz no se contentó con ello, quería más; quería una audiencia solemne para toda la legión a la que Pío IX se opuso. Mickiewicz exhortó la tropa en contra la obediencia papal y los condujo a extramuros. Sin embargo, la bandera polaca era saludada al grito de ¡Viva Polonia! ¡Viva Pío IX! En realidad, ni Polonia ni Italia se beneficiaron de esta expedición. Los aventureros de la primera compañía polaca o volvieron a Roma o entraron al servicio de Toscana o bien defendieron años más tarde la república de Manzini contra Pío IX.

Cuando esto ocurrió el Pontífice exclamaba: «Oh che teste, quelle teste polache!», a lo que un sacerdote polaco respondió: «Santo Padre quanto a teste, la passi: Ma che cuori, i cuori polachi! Ne suno altri ti ama tanto!». El Papa, sonrió dulcemente.



POLONIA

en la Edad Media

Los orígenes de Polonia están envueltos en la bruma espesa de los tiempos primitivos de la Edad Media. Las primeras noticias ciertas son del siglo X, con la figura de Miecislao.

Pero ya en estos primeros tiempos vemos a Polonia tomar un rumbo del que no se apartará. Si bien por su raza está estrechamente emparentada con los pueblos eslavos de más hacia Oriente, por su cultura y religión se unirá a Occidente y ésta es la obra personal de Miecislao I.

En su tiempo Polonia era pagana, como todo país más oriental de Bohemia, último límite del cristianismo romano. Monjes de occidente y también monjes de Bizancio van allí a predicar sus doctrinas. ¿Cuál predicación prevalecerá? El rey inclinó la balanza a favor del occidente — y por tanto de Roma — al casarse con una princesa cristiana de Bohemia. Seguramente que en esta medida de Miecislao, entró en gran parte el cálculo político: evitar con su conversión, que los germanos los trataran como a salvajes. Pero así y todo no deja tal acto de tener influencia decisiva en la ruta del país. Si se hubiese inclinado a Bizancio, ¿no habría sido quizá, como otro principado ruso más?

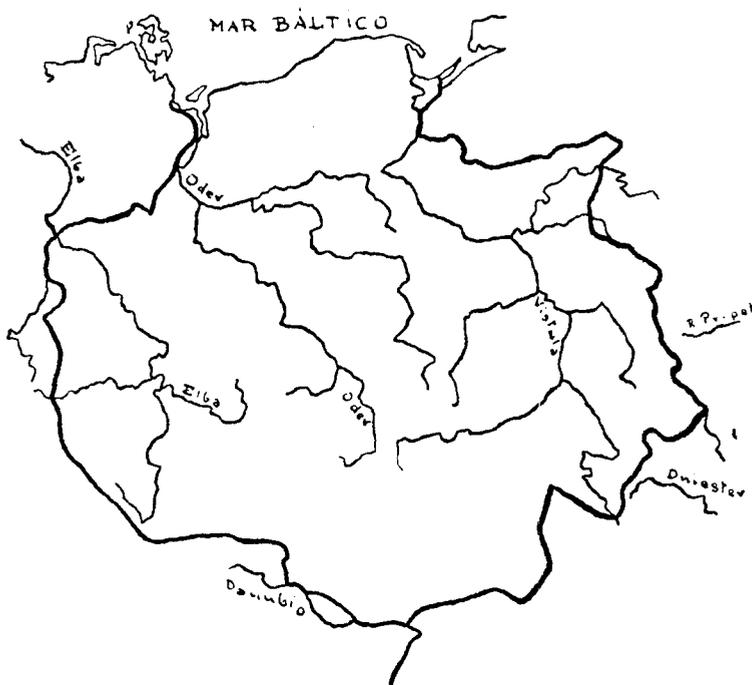
La historia del pueblo polonés, como la de todos los pueblos, pasó por momentos de auge y por agudas crisis. Intentaremos un resumen hecho a grandes trazos.

El sucesor de Miecislao, logró con sus conquistas fundar un extenso reino: del Báltico a los Cárpatos, del Elba al Bug. Pero este reino, ante el empuje germánico y por la debilidad de los sucesores de Boleslao I quedó reducido al núcleo primitivo. Y aun este núcleo en el siglo XII, vióse dividido en cuatro principados primero, y

en ocho después; y éstos a su vez también se fraccionaron. Duró este estado de cosas hasta el siglo XIV, y en todo este tiempo fué Polonia una fácil presa para sus belicosos vecinos. Los más salvajes de éstos, los tártaros, en 1241 hicieron una incursión sobre Polonia; la enérgica pero desconyuntada resistencia de los diversos príncipes, no tuvo éxito, y Cracovia y Sandomir fueron destruidas. Desaparecieron las hordas tártaras tan rápidamente como llegaron, es cierto, pero no lo es menos que dejaron el país sembrado de ruinas. Y era forzoso repoblarlo. Polonia se inclinó otra vez a occidente: a Germania acudió para buscar pobladores para sus tierras. Acudieron en gran número, mercaderes, colonos, etcétera; cultivaron los campos, dieron nueva vida a las ciudades, aumentaron la riqueza del país... Estas nuevas ciudades de Polonia, tuvieron el privilegio de regirse por el derecho de su país de origen, privilegio que era naturalmente en perjuicio de los príncipes polacos.

En este resurgir del país, la benéfica influencia de la Iglesia fué incalculable. Los monjes medievales llevaban consigo a todas partes, donde iban no sólo su cultura espiritual, sino sus métodos de colonización material. Y la Orden del Cister, y las misiones de Franciscanos y Dominicos — introducidas éstas en Polonia por Ivo, obispo de Cracovia; amigo personal de Santo Domingo — desarrollaron una inmensa labor colonizadora. La Iglesia, en esta época de perturbaciones externas y de desunión interna, representaba el único elemento estable y unificador. Frecuentes sínodos, a los que asistían representantes de todos los principados poloneses ayudaron muchísimo a que se formara una idea de «nacionalidad» y la propia Santa Sede tuvo una gran parte en el desarrollo político del país: en el siglo XIII fueron no menos de 49 los legados pontificios que visitaron Polonia ayudando en la resolución de delicados problemas internos.

Otra amenaza para los principados polacos, eran sus vecinos, los lituanos y los prusianos paganos. Esta amenaza movió al duque de Masovia a llamar en su auxilio a los caballeros de la Orden Teutónica (1224) expulsados de Hungría. Como precio de su ayuda les dió en propiedad el territorio de Kulm. Con este establecimiento de la Orden y su rápido crecimiento perdió Polonia la posibilidad de establecerse un día en las orillas del Báltico. La Orden llegó a formar un extenso reino alemán que, cultural y económicamente, se impuso a sus vecinos eslavos: a Polonia y a Lituania, y se convirtió en un peligro inminente para ellos. A Polonia le cerraba el camino del Vístula, única salida comercial hacia el norte y por lo tanto sería inevitable un conflicto con la Orden en el momento en que el reino polaco lograra un nuevo estado de reorganización.



Y así aconteció. Después de largos años de luchas intestinas para obtener la supremacía de un principado sobre otros y lograr el título, honorífico tan solamente, de Gran Príncipe de Polonia, luchas ante las que la Orden no permaneció pasiva, un príncipe, Wladislao I, obtuvo el preciado título y logró la unificación de casi todo el reino, frente a los príncipes de Silesia, germanizantes y apoyados por la Orden Teutónica. Y la lucha de Polonia contra la Orden y el predominio del elemento germano comenzó (1320).

Y empezó también una nueva era de auge para Polonia. Casimiro I, hijo y sucesor de Wladislao, fué un gran rey: su atención estuvo dedicada preferentemente hacia el oriente, buscando una salida hacia el mar Negro — que les compensase la que habían perdido hacia el Báltico — y anexionóse la Pequeña Rusia. Los habitantes de ésta eran de religión cismática griega. Casimiro no les impuso la renuncia a su religión para abrazar la de los vencedores, pero preparó el camino para que sus sucesores llegaran a unir esta región con Roma (1371), erigió la ciudad de Halicz en sede metropolitana y con esto separó la Pequeña Rusia de la obediencia al patriarca ruso.

También dirigió sus esfuerzos hacia occidente y pudo recobrar algunos de los territorios que los germanos habían arrebatado a su patria en los siglos de decadencia.

Peró la verdadera grandeza de Casimiro radica en su política interna. Su padre logró una unificación del país, pero basada en el poder personal del dominador, sin afectar la vida interna de cada principado. Casimiro en cambio, unificó la administración; creó un consejo general; dividió el país en estarostias y al frente de cada una, puso un representante real; se esforzó a dar a todo el país una unidad jurídica: dióse cuenta del peligro que representaban para el carácter nacional de Polonia las libertades de las ciudades de derecho alemán, y les prohibió la apelación a sus metrópolis; protegió la industria y el comercio, etc.: es decir, creó un estado unitario.

Este gran rey murió sin sucesión: heredó la corona Luis, rey de Hungría, quien como extranjero tuvo que captarse la amistad de la nobleza concediendo un privilegio, el primero que ésta recibió como a «estamento»: exención del pago de gabelas y la seguridad que los cargos elevados no podrían ser desempeñados sino por

naturales del país. Este acuerdo, sentó un precedente perjudicial para el futuro de la nación: mermó la autoridad real y acrecentó mucho el poder y riqueza de los nobles.

A su muerte, y después de un corto interregno, heredó el trono su hija Eduvigis; Lituania y Polonia tenían un enemigo común: la Orden Teutónica enclavada como una cuña entre los dos países, y tenían además pretensiones comunes que las enfrentaban en el campo de batalla: lograr una salida al mar Negro. Tal situación remedióse con el matrimonio de Eduvigis con Jaquellón, príncipe lituano (1386). Este enlace llevó el cristianismo a Lituania y acrecentó notablemente la extensión del reino de Polonia: además de Lituania eran los territorios de la Rusia Negra y Blanca, de Polesia y de Podovia, etc., los que formaban parte de la Corona.

Peró en tal extensión se encuentra el germen de desunión que más tarde, ante el empuje de los turcos y los príncipes moscovitas, naturalmente interesados por los países de la Rusia Negra y Blanca y los ducados lituanos, precipitará de nuevo Polonia a la ruina. Eran países de tan diversa personalidad y además de religión tan diferente — muchos de los rusos eran cismáticos griegos — que no lograron nunca la conciencia de nacionalidad necesaria para subsistir.

Jaquellón emprendió la lucha contra la Orden Teutónica — que ahora, convertida Lituania al cristianismo, ya no tenía razón de ser — y convirtió Polonia en la primera potencia de la Europa Oriental.

La lucha contra la Orden — que no se terminó hasta bien entrado el siglo xv con la derrota de ésta — y la posesión de puertos lituanos en el Báltico, hicieron que las cuestiones del sur encaminadas a buscar salida al mar Negro, fueran bastante negligidas. Y así los Jaquellones no impidieron la expansión del principado moscovita.

Sus inmediatos sucesores mantuvieron la grandeza del país. Y Polonia entró en el umbral de la Edad Moderna, como una gran potencia, pero llevando en sí misma las causas de su ruina: excesivo poder de la nobleza, nacionalidades diversas, religiones distintas y despreocupación del peligro moscovita y de las cuestiones del sur que desaparecido el Imperio bizantino, la llevaron a enfrentarse con el poder turco.

MERCEDES V. ROIG.

S. S. el Papa habla a la colonia polaca de Roma

El día 1.º de Octubre de 1939, mientras tiene lugar en circunstancias dramáticas el cuarto reparto de Polonia, S. S. el Papa recibe en Castelgandolfo, a la colonia polaca de Roma y entre otras cosas les dice:

«Habéis venido no ya para formular reivindicaciones ni para exhalar rumorosas quejas, sino para pedir a nuestro corazón una palabra de consuelo. Nuestro deber es dároslo.

Ante nuestros ojos pasa la espantosa visión de la muchedumbre de fugitivos y errantes, de los que no tienen ya patria ni hogar. A nuestros oídos llega el llanto desolado de tantos ancianos y enfermos que quedan demasiado a menudo privados de socorro; los llantos de los niños que ya no tienen padres; los gritos de los heridos y los estertores de los moribundos, no todos combatientes.

Nos hacemos propios todos vuestros sufrimientos. Pero esta ternura paterna no es el único bien que os queda. Os queda en primer lugar la aureola de una bravura militar que ha llenado de admiración hasta a vuestros mismos adversarios. Os quedan todos los grandes recuerdos de vuestra Historia nacional, diez siglos de la cual han sido consagrados al servicio de Cristo.

En su agitada vida, vuestro pueblo ha conocido horas de agonía y períodos de muerte aparente, pero ha visto también días de renacimiento y de resurrección.

Lo que no se ha visto en vuestra Historia es una Polonia infiel y separada de la Iglesia.

A pesar de muchas razones de temor, inspirados por los designios demasiado conocidos de los enemigos de Dios, Nos queremos esperar que la vida católica podrá continuar honda y fecunda entre vosotros.

Cualesquiera que sean las nuevas circunstancias, el primer deber de todos, pastores y ovejas, es perseverar, no sólo en la oración, sino también en las obras, valientemente y con inquebrantable confianza. Porque, precisamente en las horas en que la Divina Providencia parece, de momento, ocultarse, es cuando es hermoso y meritorio creer en ella.»

Esta última advertencia, ¿no es verdad que conserva un valor de universal actualidad?

SOBIESKI

Juan Sobieski, el llamado «león del norte», nació el 2 de junio de 1624, en Olesko, Galitzia, hijo de Jacobo Sobieski «escudo de la libertad polaca», como se llamaba al gran mariscal y palatino de Belez. Su familia era antiquísima; se remontaba hasta la ascensión al trono de los Piastas. La gloria heroica, la lucha contra los infieles fué el ambiente en que se movió la juventud de Juan Sobieski.

El joven Sobieski hablaba siete u ocho lenguas, conocía la literatura de países extranjeros y sabía manejar con el mismo buen éxito el pincel, la pluma, la guitarra; fué el mejor jinete y sabía esgrimir el sable, el hacha de combate y la lanza. Matemáticas, historia, filosofía, política, arte militar se los enseñó su padre; presto desplegó también las primeras muestras de aquella brillante elocuencia a la que hubo de agradecer tantos éxitos en su agitada vida.

Como Aníbal a los nueve años juró ante su padre odio eterno a los romanos, así el joven Sobieski se acostumbró a la idea de consagrar toda su vida a la lucha contra la media luna.

Junto con su hermano parte a Francia para completar sus conocimientos, como lo hacía la mayoría de la juventud polaca de aquella época. El padre dió a los hijos para el camino el siguiente consejo: «Ocupaos en Francia únicamente en el arte y la ciencia; pues por lo que toca al baile, ya lo podréis aprender con los tártaros». Los dos hermanos, hallaron en Francia una acogida entusiasta del mundo elegante. El gran Condé se agradó especialmente de Sobieski; barruntaba en el joven al futuro héroe, y éste confesó al vencedor de Rocroy que cuando lo veía olvidaba a su Patria, y sólo pensaba en el éxito de sus batallas.

De Francia se dirigieron los dos Sobieski a Italia y desde allí a Turquía: había que conocer al enemigo en su tierra, y luego en las fuentes de su poderío en Asia.

Entonces les llegó la noticia de las irrupciones de los cosacos y tártaros, y al llegar a su tierra su madre los recibió diciéndoles: «No os tendré por hijos míos si os parecéis a los defensores de Pilawiez», pues allí los polacos habían huído de sus enemigos el 23 de septiembre de 1648.

Ascendió rápidamente en su patria porque en combate contra sus enemigos se señalaba por el valor, la sangre fría y la prudencia. Así en Beresteczko, así en la lucha contra los suecos, fué nombrado «Starotz» de Jawerow. Rápidamente se ganó los corazones de los soldados: la Victoria parecía encadenada a su lado. Más de ochenta mil cosacos esparcieron la muerte y los incendios sobre Polonia. El tesoro estaba exhausto, las pocas tropas a punto de desertar porque no se les pagaban los salarios.

Sobieski mantiene las tropas pagando de su bolsillo, y con el pequeño ejército polaco que logra formar se lanza contra el campamento cosaco de Pothaice. El gran Condé consideró imposible el éxito, y dijo que sólo conseguirían morir unos días antes que fuera sacrificada su Patria. Y los soldados sólo permanecieron en filas gracias a la fe ciega que tenían en su general. El 15 de octubre de 1667 se dió la batalla. Se trabó una brava lucha y la victoria quedó por los polacos. La patria se había salvado.

Sobieski fué el salvador, el favorito de su nación y la admiración de Europa. Luis XIV quiso ser padrino del hijo que le nació entonces de María de Arquién, con la que le había casado Odescalchi, luego Papa Inocencio XI.

Cuando él llegó a Varsovia, la Dieta le salió al encuentro y se dijo de él que tenía tantas virtudes cuantas contiene en sí la humana naturaleza: tanto sonó mejor la modesta contestación del héroe: «Nuestros éxitos los debemos al poder y a la bondad de Dios. ¿Quién no reconocerá su grandeza, pues con tan débiles instru-

mentos ha llevado a cabo tan grandes prodigios? El sólo nos ha salvado; ojalá nos dé el espíritu de moderación y concordia. Entonces seremos poderosos».

Las disensiones internas hicieron que en 1668 Juan Casimiro, descendiente de los Vasas, renunciara al trono. Se entabla la lucha de partidos para proclamar nuevo rey. Francia no quiere ningún Ausburgo, y el Imperio no quiere ningún francés ni ruso.

Se proponían como candidatos: el hijo de Condé, Carlos de Lorena y el conde palatino Guillermo de Neuburgo. Había también pretendientes polacos, y muchos abogaron por la elección de un Piastra.

Por casualidad y por violencia casi, se eligió rey a Miguel Korybut Wiecniowiecki. La elección fué un puro acaso y el nuevo rey jamás se había distinguido en nada sino en un extraordinario apetito.

Ahora vinieron días tristes para Polonia. El 9 de diciembre el sultán declaró la guerra. El partido realista y el fatuo rey impidieron moverse a gusto a Sobieski, se perdió la mejor fortaleza, Kaminiec, y se ajustó la paz de Budschak, que es la más afrentosa de toda la historia de Polonia.

Se conjura contra el general, pero en el momento supremo, la reina Eleonora y los magnates entregan el poder a Sobieski; ahora éste usa de todos los derechos como rey de hecho. Un nuevo ejército turco avanza, esta vez Mohamed IV quiere llegar al Báltico. Todo pendía del filo de la espada. Sobieski avanza por tierra enemiga, dejando Kaminiec a sus espaldas, pues no podía tomarla.

En el castillo de Choezin, con un campamento de ochenta mil turcos, se da el asalto polaco, el 11 de noviembre, después de tres horas de horrible carnicería, los turcos huyen y dejan diez mil bajas.

La Cristiandad estaba fuera de sí de asombro y gozo por esta victoria, pero el rey de Polonia ya no oyó esta noticia: había muerto la víspera del día de la victoria de una indigestión de manzanas.

Ahora se trataba de nuevo de la elección de rey, y Europa envió nada menos que dieciséis candidatos. Parecía que iba a ser elegido Carlos de Lorena, pero entonces compareció Sobieski, habló en favor de Condé y sin la oposición de la familia Paz éste hubiera sido elegido. Entonces habló el ruteno Estanislao Jablonowski y después de una larga peroración terminó diciendo: «Pensad en las grandes hazañas de Slobodisza, de Podhaice, de Kaluz, de Choczín: son nombres inmortales. Elegid rey a Juan Sobieski».

Una tempestad de aplausos se desencadenó después de estas palabras: unánimemente resonó el grito: «Viva el rey Juan Sobieski».

Presto comenzaron las dificultades. Nueva guerra contra los turcos auxiliados por los rusos. Tras una campaña rapidísima que le valió el nombre de «El Huracán», Sobieski rinde a Ucrania a la soberanía de Polonia, los ancianos ofrecieron pan y sal en señal de sumisión.

Se pasó el invierno entre privaciones, y por idioteces de los Paz no se llegó a un acuerdo con Rusia ni a una paz con el sultán. En la primavera de 1675 reanudó la guerra.

Delante de Lemberg se dió la batalla decisiva de esta campaña, el pequeño ejército polaco luchó contra tres ejércitos turcos. El 24 de agosto de 1675, por la noche, al grito de «Jesús» acometieron los polacos contra un enemigo ocho veces superior. El grito de los turcos era «Alláh». Fué una noche terrible. Más de quince mil otomanes hallaron la muerte en la batalla, o en la huída. Durante todo el tiempo que duró la batalla, la reina, con las mujeres, arrodillada delante de una imagen de San Estanislao de Kotska impetraba el auxilio divino. En septiembre los turcos avanzaron de nuevo sitiando Trembomla, Cañonearon las murallas, abrieron una amplia brecha; cuatro asaltos fueron resistidos por los he-

roicos defensores, se dudaba ya del éxito del quinto cuando se anunció la llegada del ejército salvador. Los turcos huyeron rápidamente y tuvieron que repasar el Dniester. Sólo se tuvieron por seguros detrás del Danubio.

Por fin el 2 de febrero de 1676 se celebró la coronación de Sobieski con el nombre de Juan III. Era un águila para el combate. Una tortuga para escalar el poder.

Debido a las intrigas de su mujer, que fueron contra-productivas, y a la mala fe de la Dieta, no pudo Sobieski ir a dictar la paz en el corazón de la misma Turquía. Se firmó ésta en Zurauna; de que no fuera más ventajosa tuvieron la culpa los polacos.

Ahora, mediante Luis XIV, se ofreció a Sobieski

te como el año 732, cuando los árabes, delante de Tours, luchaban por el señorío de Europa.

Luis XIV contaba seguramente con la caída de Viena y estaba dispuesto a presentarse como salvador en el apuro si le elegían como salvador. No se atrevía a apoyar paladinamente a los turcos por consideración a la opinión pública de Europa, a su pueblo y a Inocencio XI.

A pesar de las halagadoras ofertas de Mahomed IV, Sobieski comprendió que el cañón que no perdonara a Viena tampoco perdonaría Varsovia y Danzig. Firma una alianza con el emperador, siendo garante de ella el Papa.

El gran visir, en lugar de detenerse a tomar las fortalezas circundantes, marcha directamente contra Viena. El 14 de julio estaba Viena cercada por todos lados. Los



Monumento a Sobieski en Varsovia.

SG

Hungría o Prusia si atacaba a Rusia junto con los otomanes, pero rechazó la oferta; su gran ideal era la lucha contra los infieles, soñaba con una nueva cruzada y la formación de un gran imperio oriental cristiano, pero Luis XIV estorbó sus planes. Sólo lentamente pasó el rey de su predilección por Francia a la política del emperador. Pero su genio mejor venció y le condujo al camino recto, a la alianza con el emperador y a la guerra contra la media luna. Allí se podía esperar una gloria inmortal, mientras que con Luis XIV no había sino una brillante servidumbre.

Los turcos delante de Viena.

Entre tanto avanzaban los escuadrones de oriente contra el Imperio, y Francia atizaba el fuego, Luis XIV quería apoderarse del Rin, y el sultán, del Danubio. En Viena insensatamente se soñaba la paz. Fué un momento trascendental en la historia del mundo, importan-

sitiadores eran doscientos mil; los defensores, al mando de Carlos de Lorena, unos diez mil. Para colmo de males estalló la peste entre los ciudadanos, de suerte que ciento veintidós mil cayeron rápidamente, entre la ciudad y sus alrededores. Defendía Starhenberg, que fué herido. Kaplitz le sustituyó. Los ciudadanos tomaron las armas. A menudo se hacían salidas afortunadas y se trajo botín, especialmente los estudiantes se señalaron en golpes osados y temerarios. Pero la peste se propagaba terriblemente, morían sesenta personas diarias. Cada día el cerco era más terrible, los vieneses se preparaban para la lucha en las calles, la noche de San Esteban la ciudad estaba en los últimos. El apuro estaba en lo sumo, pero las fogatas de la cima del Kahlenberg anunciaban la llegada del ejército libertador. Con nuevo ánimo se rechazaron los asaltos del enemigo.

Sobieski había cumplido su palabra: llegó, aunque tarde. Con él venía Jacobo Luis, su hijo de dieciséis años, para alcanzar gloria y títulos para sucederle. En la noche del 6 de agosto los polacos pasaron el río. Aho-

ra, junto con el ejército imperial avanzaban, el ánimo de los turcos decaía; no obstante, se dispusieron a asaltar la ciudad al mismo tiempo que libraban la batalla contra Sobieski.

Se luchaba por la cruz, no por el poder. La mañana de la batalla, Sobieski armó a su hijo caballero y comulgó con los jefes del ejército cristiano. Con el grito «Dios es nuestro auxilio» se dió la señal de combate. A las seis de la tarde los ejércitos cristianos estaban en decidido avance. El marqués de Baden penetró animosamente con sus dragones delante de la «puerta de los escoceses». Starhenberg corrió a abrazarle y prometió una salida. Los enemigos emprendían la huida y no se detuvieron hasta Raab.

Sobieski en la carta a su esposa, contando la batalla, empieza diciendo como buen cristiano: «Dios sea por siempre bendito, que nos ha dado la victoria». Esta victoria ha sido llamada «una de las grandes piedras militares» y se debió a Sobieski y a Carlos de Lorena. En Parkani se dió una nueva batalla, y los turcos perdieron, al romperse un puente, cerca de quince mil hombres. Finalmente, y contra su deseo, el 17 de diciembre volvió a pisar su país junto con sus tropas.

En 1684 comenzó de nuevo la guerra contra los turcos. Los imperiales, venecianos y poloneses se propusieron derrotar al turco y libertar Hungría. El animoso Carlos de Lorena sitió Buda, pero tuvo que retirarse, minado su ejército por las enfermedades.

A los polacos no les sonrió la fortuna en 1685 en su lucha contra los turcos, pero ellos mismos tuvieron la culpa. Se hicieron reproches a Sobieski y los magnates se volvieron contra él. Por una equivocación fatal seis mil polacos fueron acuchillados y el ejército puesto en fuga, cuando Sobieski acudió en su auxilio dijeron que lo había hecho tarde y que la culpa de la derrota era suya.

Al año siguiente fué tomada Buda por los imperiales. Eugenio de Saboya participó en la campaña, los turcos resistieron como héroes, cuatro mil fueron acuchillados y la ciudad fué tomada. Entre tanto, los polacos, mediante el Papa, entablaron negociaciones con los persas, pero nada salía bien del todo, los magnates se opusieron creando dificultades. Sobieski fracasa en su expedición

por culpa de los rusos; lleno de privaciones, el ejército emprendió la retirada por un desierto sin agua con un calor abrasante. El rey regresaba tan sólo con un tercio del ejército. En Harkany se trabó el 12 de agosto una sangrienta batalla. Murieron mil imperiales y veinte mil turcos. Consecuencia de ello fué el destronamiento de Mohamed IV y el sultanado de Solimán II. En Hungría se coronó rey a José I. Entonces el imperio turco hubiera sido destrozado a no ser por Luis XIV que lo salvó. Por parte de Polonia ya nada más se hizo notable en la lucha contra los turcos. No tuvo la culpa de ello Sobieski, sino los polacos. María Casimira, su esposa, con una nefasta ambición fué la causante de grandes males. Su amor a su segundo hijo Alejandro, del que pretendía hacer el sucesor de Sobieski, dividió a Polonia e impidió reinar a Jacobo el primogénito, haciendo que continuara siendo electiva la monarquía, lo cual era la causa fundamental de la debilidad del país.

Todas estas cosas desangraron el corazón del rey. Se disputaba su sucesión antes de que muriera. Parecía un cadáver que por rara ley y contrasentido siguiera existiendo. Un reflejo de antigua gloria iluminó aún al héroe, en una última campaña, mediante la sangrienta batalla de Perevita, contra turcos y cosacos, conquistó toda la Moldavia. Pero su fin se acercaba. Ya no podía montar a caballo sin ayuda...

Por fin, el 17 de junio de 1696, día de Corpus, en que había nacido y había sido elegido rey, un ataque de apoplejía sesgó su vida en Villenow. El sol se ponía y se avecinaba una terrible tempestad.

Su cuerpo permaneció treinta y seis años sin sepultura, pues según la Ley polaca no podía ser enterrado el rey difunto hasta que se le hubiera elegido el sucesor. Durante este tiempo, su hijo Jacobo, el príncipe de Conti y Federico Augusto de Sajonia se disputaron el trono. Conti, que parecía el preferido, se fué desilusionado sin querer saber nada con la gran incumbencia de «consolar a Polonia de la pérdida de Sobieski». Al fin fué elegido Augusto, que llevó el sobrenombre de «el Fuerte». María Casimira confió obtener influencia sobre él, pero presto observó que no quedaba allí lugar para ella, y buscó reposo y olvido donde tantos magnates derrocados lo habían hallado: en la Ciudad Eterna.

José M.* BOFILL.



También el glorioso Pontífice reinante, S. S. Pío XII nos habla de Polonia... y ésto en uno de los momentos más trágicos de la historia de la desventurada Nación.

En 1939, mientras escribía su Carta Encíclica "Summi Pontificatus" ocurrían los primeros hechos de armas de la actual conflagración mundial que tenían por escenario precisamente territorio polaco. Y entonces, ocupada por los ejércitos de las dos potencias vecinas, es cuando Pío XII cierra su Encíclica con un recuerdo dolorido y compasivo hacia la "amada Nación"; al mismo tiempo que, —previendo las vicisitudes que se seguirían en este "camino de los dolores"—, con el corazón desgarrado pero "con el valor y firmeza que provienen de las promesas del Señor" NOS SEÑALA LOS CAMINOS DE LA CARIDAD, DE LA MORTIFICACIÓN Y DE LA ORACIÓN, COMO LOS ÚNICOS CAPACES DE APLACAR LA JUSTICIA DIVINA y hacer que Dios en su misericordia abrevie los días de la prueba.

Releamos esta página sublime de nuestro amado Pontífice, rebosante de solicitud paternal.

EL TIEMPO DE PRUEBA

Venerables Hermanos:

La copa del dolor

La hora en que os llega esta nuestra primera Encíclica es, bajo muchos aspectos, verdadera hora de tinieblas, en la que el espíritu de la violencia y de la discordia derrama sobre la humanidad, la copa sangrienta de dolores sin nombre. ¿Necesitamos asegurarnos que nuestro corazón paternal de amor compasivo está cercano a todos sus hijos y en modo especial a los atribulados, a los oprimidos, a los perseguidos? Los pueblos arrastrados en el trágico vértice de la guerra quizá están aún al comienzo de sus dolores, y ya reina en millares de familias, muerte y desolación, lamento y miseria. La sangre de innumerables seres humanos, aun no combatientes, levanta fúnebre y desgarrador lamento sobre una amada nación, Polonia, que por su fidelidad a la Iglesia, por sus méritos en la defensa de la civilización cristiana, escritos con caracteres indelebiles en los fastos de la Historia, tiene derecho a la simpatía fraternal del mundo, y espera, confiada en la poderosa intercesión de María, «Auxilium Christianorum», la hora de una resurrección conforme a los principios de la justicia y de la verdadera paz.

Polonia

María «Auxilium Christianorum»

El último rayo de esperanza

Lo que acaba de suceder y está sucediendo todavía se presentaba a nuestra mirada como una visión, cuando, no habiendo desaparecido el último rayo de esperanza, nada dejamos de intentar, en la forma que os sugería nuestro apostólico ministerio y los medios de que disponíamos para impedir el recurso a las armas y tener abierto el camino a una inteligencia honrosa para las dos partes. Convencidos de que al uso de la fuerza, por una de las partes, se respondería también con el recurso a las

armas por la otra, consideramos deber imprescindible de nuestro apostólico ministerio y del amor cristiano, hacer cuanto pudiéramos para ahorrar a la humanidad entera y a la Cristiandad los horrores de una conflagración mundial, aun con peligro de que nuestras intenciones y nuestros fines fueran mal interpretados. Si a nuestras amonestaciones se prestó respetuoso oído, no se le dió ejecución. Y mientras nuestro corazón de pastor mira dolorido y preocupado, se presenta a nuestra mirada la imagen del Buen Pastor, y parecemos como deber nuestro repetir al mundo en su nombre el lamento: «¡Si hubieses conocido... lo que te conducía a la paz; pero ahora está oculto a tus ojos!»

El Buen Pastor

En medio de este mundo, en tan extraño contraste con la «paz de Cristo en el reino de Cristo», la Iglesia y sus fieles atraviesan tiempos y años de pruebas, cuales rara vez conoció, en su historia de luchas y de sufrimientos. Pero precisamente en tales tiempos quien permanece firme en la fe y tiene robusto el corazón, sabe que Cristo Rey, en la hora de la prueba, que es la hora de la fidelidad, está más que nunca cerca de nosotros. Con el corazón destrozado por los sufrimientos y padecimientos de tantos hijos suyos, pero con el valor y la firmeza que provienen de las promesas del Señor, la Esposa de Cristo avanza hacia las amenazadoras tempestades. Y sabe que la verdad que ella anuncia, el amor que enseña y pone en práctica, serán los consejeros y cooperadores insustituibles de los hombres de buena voluntad en la reconstrucción de un mundo nuevo según la justicia y el amor, una vez que la humanidad, cansada de correr por las vías del error, habrá saboreado los amargos frutos del odio y de la violencia.

Cristo Rey

La esposa de Cristo

Los hombres de buena voluntad

LA CARIDAD CRISTIANA

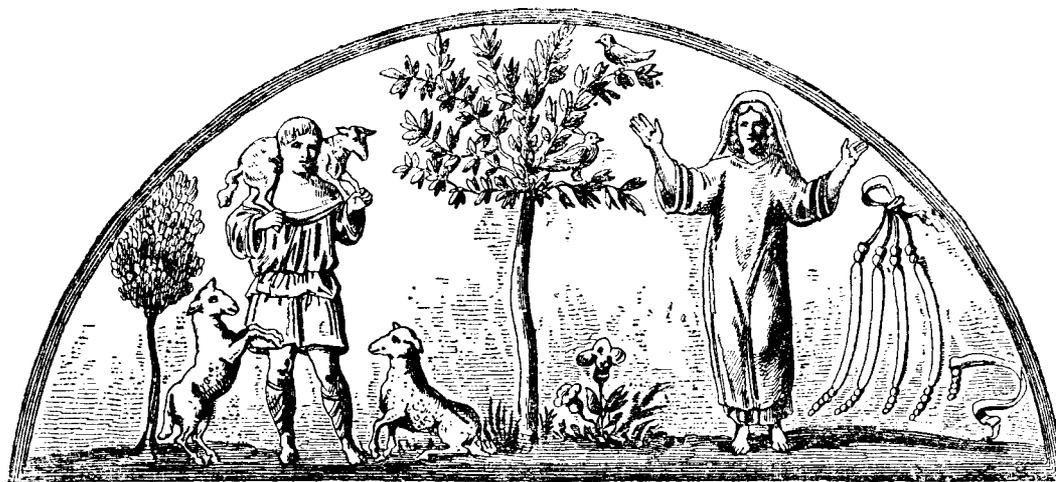
El quicio fundamental del Reino de Cristo

Entre tanto, venerables hermanos, el mundo, y todos aquellos a quienes ha llegado la calamidad de la guerra, tienen que saber que el deber del amor cristiano, quicio fundamental del Reino de Cristo, no es palabra vacía, sino realidad viviente. Un vastísimo campo se abre a la caridad Cristiana en todas sus formas. Confiemos plenamente en que todos nuestros hijos, especialmente aquellos que están libres del azote de la guerra, imitando al divino Samaritano, se acordarán de los que, por ser víctimas de la guerra, tienen derecho a la compasión y al socorro.

Los que están libres del azote de la guerra

La Iglesia católica, «ciudad de Dios, cuyo Rey es la verdad, cuya ley es la caridad, cuya medida la eternidad», anunciando sin errores ni disminuciones la verdad de Cristo, trabajando según el amor de Cristo, con arrojo materno, está como una bienaventurada «visión de paz» sobre el torbellino de las pasiones, y espera el momento en que la mano omnipotente de Cristo Rey sosegurará la tempestad y desterrará los espíritus de discordia que la provocaron. Lo que esté en nuestro poder para acelerar el día en que la paloma de la paz encuentre sobre la tierra, sumergida en el diluvio de la discordia, dónde posar su pie, seguiremos haciéndolo

Visión de paz en la Iglesia



confiando en los hombres de Estado eminentes que antes de desencadenarse la guerra trabajaron noblemente para alejar de los pueblos tan terrible azote; confiando en los millones de almas de todos los países y de todos los campos que piden a gritos no

sólo justicia, sino que también justicia y misericordia; pero confiando sobre todo en Dios omnipotente, a quien diariamente dirigimos la plegaria: «A la sombra de tus alas esperaré hasta que pase la iniquidad.»

Justicia y misericordia

EL VALOR DE LA ORACIÓN

Dios, omnipotente

Dios lo puede todo; como la felicidad y la suerte de los pueblos, tiene también en sus manos los humanos consejos, y dulcemente los inclina a donde El quiere. Para su omnipotencia, aun los obstáculos son medios con que plasmar las cosas y los acontecimientos y dirigir las mentes y el libre albedrío a sus altísimos fines.

Orad sin interrupción

Orad, pues, venerables hermanos; orad sin interrupción, orad principalmente cuando ofrecéis el divino sacrificio del amor. Orad vosotros a quienes la valiente profesión de fe impone hoy duros, penosos y no raras veces heroicos sacrificios; orad vosotros, miembros pacientes y dolientes de la Iglesia, cuando Jesús viene a consolar y aliviar vuestras penas.

Con espíritu de mortificación

Y no olvidéis mediante un verdadero espíritu de mortificación y dignas obras de penitencia, de hacer vuestras plegarias más aceptables a Aquel que «levanta a los que caen y anima a los oprimidos», para que El, en su misericordia, abrevie los días de la prueba y se cumplan así las palabras del Salmo: «Clamaron al Señor en sus tribulaciones y los libró de sus necesidades.»

La inocencia suplicante

Y vosotros cándidas legiones de niños tan amados y predilectos de Jesús, al comulgar con el Pan de vida, alzad vuestras ingenuas e inocentes plegarias y unidlas a las de toda la Iglesia. A la inocencia suplicante no resiste el Corazón de Jesús, que os ama; orad todos, orad sin interrupción; «sine intermissione orate».

Para que todos sean uno

Así pondréis en práctica el sublime precepto del Divino Maestro, el testamento más sagrado de su Corazón; «ut omnes unum sint»; que vivan todos en aquella unidad de fe y de amor, por la que re-

conozca el mundo la potencia y la eficacia de la misión de Cristo y de la obra de su Iglesia.

La Iglesia primitiva comprendió y actuó este divino precepto y lo expresó en una magnífica oración; unios también vosotros con los mismos sentimientos que también responden a las necesidades de la hora presente: «Acuérdate, Señor, de tu Iglesia para que la libres de todo mal y la perfecciones en tu caridad; y de los cuatro vientos reúnela santificada en tu reino, que preparaste para ella; pues tuya es la virtud y gloria por los siglos de los siglos» (1).

Con la confianza que Dios, autor y amador de la paz, escuche las súplicas de la Iglesia, en prenda de la abundancia de las gracias divinas y con la plenitud de nuestro ánimo paternal, os damos la bendición apostólica.

Dada en Castelgandolfo cerca de Roma, el 20 de octubre del año 1939, primero de nuestro pontificado. — Pío Papa XII.

(1) Esta magnífica plegaria que S. S. nos propone, procede de un manual religioso compuesto antes del año 100 (Didaché o Doctrina de los doce Apóstoles, encontrado, por fortuna, en 1883); su inserción en la encíclica parece indicar que el Papa encuentra alguna similitud entre las necesidades de la primitiva Iglesia y las de nuestros días: El mismo Pío XII acude al ejemplo de aquella Iglesia en su alocución del día de la Ascensión del año 1942 en la que leemos, entre otras muchas alusiones, el siguiente fragmento:

«¿De dónde sacaban aquellos cristianos tanto valor? De la unión eucarística con Jesucristo en la mesa del Pan de los fuertes. Hermanos, y hermanos en Jesucristo, alimentados por el mismo pan y la misma comida, con una misma esperanza en una misma Iglesia, millares de corazones y millares de almas formaban una inmensa familia con un solo corazón y una sola alma, en la señal santificadora de la Eucaristía. Por eso la Iglesia de nuestros días tiende su mirada a la Iglesia primitiva.»

Oración de la Iglesia primitiva

Confianza



El grabado que ilustra estas páginas reproduce una pintura que se halló en el cementerio de los Santos Nereo y Aquileo. Se asocia en el mismo, tal como hemos visto que hace Pío XII, la idea del Buen Pastor con la de la Oración; pero no la oración privada, sino la oración colectiva de la Iglesia representada en la iconografía primitiva por esta figura de mujer que se ha denominado la "orante mística".

La decadencia de Polonia

I.— Causas.

La nación polaca, pujante hasta el siglo xvii, sufre en esta centuria un gran cambio, debido a una lenta variación de su manera de ser y de obrar, preparada mucho antes, que contribuyó a forjar su inevitable decadencia.

La Historia relata cómo Polonia, vasto país poblado entonces por unos quince millones de agricultores, nobles y guerreros, rodeado por tres grandes estados ambiciosos que deseaban apoderarse de su fértil tierra, fué decayendo poco a poco a causa de diversos factores, interiores los unos y exteriores al país los otros.

Polonia, gobernada al principio por una monarquía absoluta, siendo el Gran Duque o el Rey dueños absolutos de la nación, los cuales determinaban tanto la guerra como la paz, convocaban a los nobles cuando les parecía conveniente y legislaban por su cuenta, nombrando sus funcionarios, heredando el trono uno cualquiera de los hijos, no por medio de una elección fija, sino libremente, designado por su antecesor.

Cuando en la misma dinastía se produjo la división y el rey reclamó tributos a los súbditos de sus hermanos, éstos se opusieron con la fuerza y las causas de esta oposición desmembraron el país en pequeños principados.

La limitación del poder real va progresando poco a poco, así en el reinado de Casimiro III, para que Luis de Hungría fuera su sucesor, tuvo que jurar los derechos de los magnates, no imponerles más tributos, y la obligación de pagar los gastos de campaña, cuando salieran del reino.

Pero después del reinado de Luis de Hungría, por no haber sucesor, la corona se convirtió en electiva, la soberanía en gobierno de la aristocracia menospreciándose los derechos de la corona, y en adelante los aspirantes al trono, asentían a todas las exigencias de los nobles, con merma de la autoridad real, la cual fué cada día más débil.

Otro factor importante de la debilitación de la nación fué la doctrina del Protestantismo, la cual penetró en el país durante el reinado de Segismundo II, teniendo lugar poco después las luchas religiosas que dividieron el país y con su desorden fomentaron la incuria y apartaron la atención de otros problemas más graves, como el sentimiento nacional, la amenaza de las grandes potencias y el relajamiento de la organización política y económica.

II.— Organización interior.

El Poder supremo de la nación residía en la Dieta del reino, cuya autoridad, al principio restringida, fué de día en día más ilimitada, en la administración de la justicia y legislación; pero sólo expresaba la voluntad de la nación, la cual estaba constituida en realidad por la nobleza o «*schlachta*». La Dieta la componían el Rey, el Senado y los Caballeros. Los diputados para la Dieta eran elegidos por los nobles de cada comarca y eran instruidos por éstos, para las cuestiones propuestas por

el rey en la convocatoria, y terminada ésta, oían la justificación de su conducta.

La Dieta real perdió después su autoridad, pues era regida en realidad por las Dietas territoriales; además le faltaban la unidad y la fuerza, durante sus sesiones de unas seis semanas, pues los diputados no eran elegidos para más plazo.

Los diputados elegidos se presentaban en las sesiones con el sable al cinto, siendo corriente el haber luchas, en las que la mayoría expulsaba a la minoría y luego se llegaba a la elección unánime.

El polaco mira su libertad, en no tenerse que someter a la mayoría, cuando cree tener razón, y en la Dieta, aunque fuera uno sólo el diputado que votaba contra una resolución, era inútil toda deliberación precedente; su expresión fué: *veto, sisto activitatem*, detenía toda resolución, pues ésta se debía tomar sin contradicción y estar firmada por todos, o sea el *liberum veto*. Un magnate maligno o una potencia extranjera podían sobornar siempre a un diputado para que contradijera, entonces la Dieta quedaba inutilizada, cosa que sucedía casi siempre; con decir que de 48 Dietas que hubo, sólo hubo cuatro que tomaron una resolución, y esto de 1652 hasta 1704.

La rápida decadencia de Polonia se efectuó en el siglo xviii. En este siglo fué cuando los desórdenes llegaron a su mayor auge, la Hacienda iba de mal en peor, el reino estaba inundado de judíos que comerciaban pero no producían, los nobles sólo consumían, la importación ascendía al final del año a unos 26 millones y en cambio la exportación alcanzaba apenas los 17, desorganizándose la Hacienda y empobreciéndose el país. El ejército en el que se hubiera de contar un soldado para cada cien almas, con una población de 15 millones, se debía esperar un ejército de 150.000 hombres; pero al contrario, sólo la nobleza formaba el ejército nacional, en el que sólo había caballería y en infantería sólo eran oficiales; esto explica el porque los ejércitos rusos o prusianos, muy reducidos, penetraron en Polonia y vencieron. El general Poniatowski llamaba al ejército con que había de sostener la guerra «una banda», contando con una artillería de morteros suecos antiguos y llenos de órn, algunos cañones recién fundidos y armas medievales. ¡Las cureñas las había empleado la guardia del Arsenal para calefacción!

No faltaban, sin embargo, patriotas varones que levantaban la voz contra los abusos y preanunciaban los castigos del cielo y la destrucción del reino.

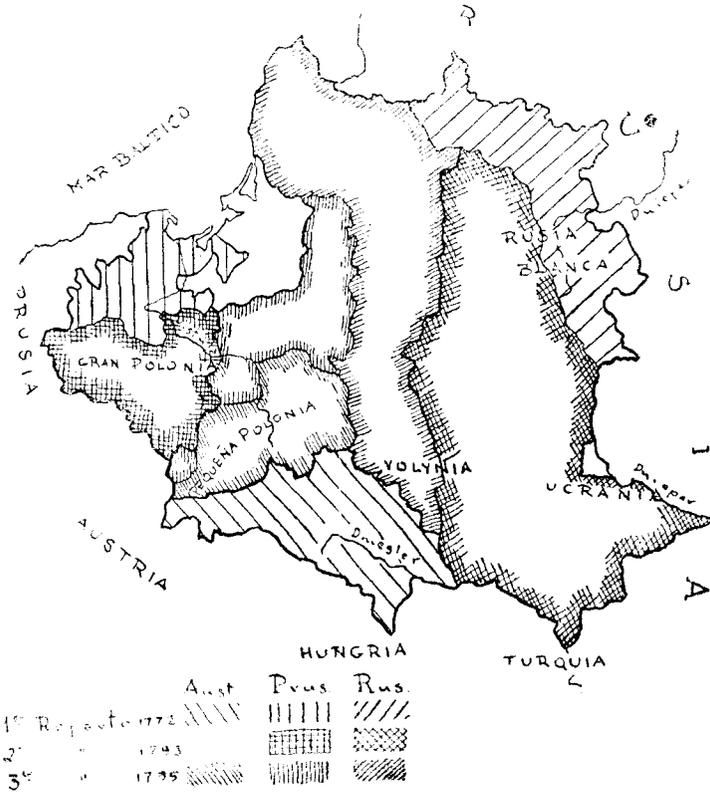
Así el predicador Pedro Skarga decía a los nobles: «Vendrá un tiempo en que estaréis sin rey, sin patria, desterrados en tierra extraña. Es bello y noble y aun digno de una gran nación sucumbir en la lucha; pero caer víctima de discordias interiores y preparar su propia ruina, por la culpa, es horrible».

Juan Zamoski decía, delante del Consejo Real: «La desobediencia que predomina en todas partes en el ejército, contra la falta de disciplina militar y el lujo de la nobleza, nos conducirán a la ruina de la nación.»

Bobierzicki pone el dedo en la llaga cuando cita en la Historia esta frase: «Es defecto de nuestra libertad, o más bien de nuestro desfreno, amparar los abusos públicos, diferir el castigo de los delitos, y por causa de nuestra propia ambición, favorecer a los cabecillas de los partidos para arruinar los negocios públicos.»

Por último, Juan Casimiro V dijo en la Dieta, cuando anunció su resolución de abdicar la Corona: «¡Preveo la desgracia que amenaza a la patria, y quisiera Dios que yo fuese falso profeta! El moscovita y el cosaco se unirán con el mismo pueblo que habla nuestro mismo lenguaje y se apoderarán de Lituania. La misma Prusia hará valer tratados y el derecho de la guerra, para combatirnos en nuestro propio territorio. Austria no dejará escapar la ocasión y pondrá los ojos en Cracovia. Cada uno de nuestros vecinos gustará de cortar un pedazo de Polonia con la espada en la mano.» Esta profecía salió, como se sabe por la Historia, demasiado cierta. Casimiro pronunció estas palabras en 1668.

M. VALENZUELA.



"FINIS POLONIAE"

Poco después de la batalla de Maciejowice, empezó a correr la leyenda de la famosa frase: «Finis Poloniae». En cuanto supo Kosciuszko que se le atribuían esas palabras, desmintió rotundamente el haberlas pronunciado. «Polonia no puede acabar — decía —, porque Polonia es inmortal.» Pero la leyenda de la famosa frase persistía, y hasta fué recogida en diversos escritos de la época, entre ellos, una obra del conde de Ségur. Y fué a éste a quien dirigió Kosciuszko la siguiente carta, fechada el 20 Brumario, año XII (12 de noviembre de 1803):

«Señor Conde:

»Al enviaros ayer el escrito relativo al asunto de Adam Poninski tocante a su conducta durante la campaña del 1794, me he acordado que hay aún otro hecho que se refiere a la infortunada batalla de Maciejowice y que tengo prisa en aclarar.

»La ignorancia o la mala fe se obstinan a poner en mis labios la frase de "Finis Poloniae", la cual dicen que pronuncié en aquella fatal jornada. He de comenzar por hacer notar que, antes de acabarse la batalla, fuí herido casi mortalmente, y no recobré los sentidos hasta dos días después, cuando ya estaba en manos de los enemigos.

»Por otra parte, si semejante vocablo es inoportuno y criminal en boca de todo polaco, lo sería mucho más en mi boca. La nación polonesa, llamándome a defender la integridad, la independencia, la dignidad y la libertad de la patria, sabía demasiado bien que no era yo el "último polaco" y que con mi muerte, sobre el campo de batalla o en otro sitio, Polonia no podía ni debía acabar.

»Todo cuanto han hecho después los polacos en las gloriosas legiones polonesas, y cuanto harán aún en el porvenir por recobrar su patria, prueba sobradamente que, si nosotros, abnegados soldados de esta patria, somos mortales, Polonia es inmortal, y a nadie le está permitido decir o repetir: "Finis Poloniae".

»¿Qué dirían los franceses si, en la fatal batalla de Rosbach, año 1757, el Mariscal Carlos de Rohan, príncipe de Soubisse, hubiera exclamado: "Finis Galliae", o si alguien le hiciera decir en sus biografías estas crueles palabras?

»Os quedaría, pues, muy reconocido si no hablaseis de este "Finis Poloniae" en la nueva edición de vuestra obra; y espero que la autoridad de nuestro nombre se impondrá a todos los que, en el porvenir, quisiesen repetir esas palabras y atribuirme una blasfemia contra la cual protesto con toda mi alma...

KOSCIUSZKO»

KOSCIUSZKO

En 1746, en el pueblo de Mereczowiszczyna, Tadeo Kosciuszko nace en el seno de una modesta familia, niño que después fué famoso general, patriota y ejemplo de heroísmo para liberar a su patria de sus potentes enemigos.

Su figura empieza a sobresalir en la Escuela de Cadetes de Varsovia, en el año 1768, como un joven estudioso, apartado de la vida común de sus compañeros, aristócratas preocupados por las fiestas, el juego y el amor. Mientras la patria estaba agonizando, presa de las grandes potencias que iban a liquidar al heroico país que durante tantos siglos había sido el baluarte de Europa frente al Islam y a la barbarie oriental.

En medio de la imprevisión de su tiempo, Kosciuszko proseguía sus estudios en Francia, desde donde se entera, en 1773, del primer reparto concertado entre Rusia, Austria y Prusia; pero arrastrado como muchos de sus compañeros por la corriente de la época, parte junto con la nobleza y gente de armas de Francia, hacia el Nuevo Mundo, y en julio del 78 desembarca en Delaware, y presto se hace amigo de Lafayette y de Washington, siendo nombrado general y distinguiéndose en la famosa guerra de la Independencia americana, sobre todo en la toma de Nueva York en 1780.

Renunciando al título de ciudadano de la nueva república, ante la llamada del patriotismo, regresa nuestro héroe. La hora es grave. Después de su primera mutilación, Polonia intenta reaccionar. Estimulada por los Czartoryski, Catalina de Rusia se opone a las reformas sucesorias aceptadas por el rey polaco (antiguo favorito de la reina rusa), y declarada la guerra, José Poniatowski, con veinte mil voluntarios improvisados, entre los cuales está Kosciuszko, se opone al ejército ruso, obteniendo nuestro héroe su primera victoria, lamentablemente malograda por la debilidad del rey. Pues en Dubienka, con cuatro mil voluntarios se defiende contra veinte mil rusos, infligiendo al adversario terribles pérdidas. ¡Inútil heroísmo! Aterrorizado ante la amenaza, el rey Estanislao Augusto desertó la causa nacional y se inclinó ante Catalina, «protectora y garante» de la nación polaca. Y es sabido que esta garantía fué el segundo reparto, en octubre de 1793, quedando Polonia reducida a un pequeño país de tres millones de habitantes poco más o menos.

Los agentes de la Semíramis norteña llevaron su infamia hasta intentar comprar al Alcibiades polaco; todo fué inútil y por esto tuvo que huir prófugo a Francia, donde imperaba la Revolución.

Su ausencia no fué definitiva, pues otra vez surge el espíritu de patriotismo en la figura del zapatero Kiliuski,

el cual había podido reunir unos dieciocho mil voluntarios, gran muestra de heroísmo polaco, siempre mal aprovechado sin embargo. A poco surgen por doquier chispas, hasta que la insurrección estalla, teniendo al frente como general a Tadeo Kosciuszko, sonando en toda Varsovia los gritos de «¡Viva Kosciuszko!, ¡Viva nuestro salvador!». Esta insurrección fué una verdadera epopeya, un prodigio de entusiasmo e incluso de organización, siendo ayudados por todo el pueblo polaco.

Pero el ataque definitivo les vino por la espalda: la traidora Austria, indigna de la tradición de la casa de Habsburgo, se pone al lado de Rusia, olvidando que ella

y toda la Cristiandad se salvó gracias al heroísmo de Sobieski, siendo castigada después por la ambición de Prusia, temible precisamente por sus nuevas posesiones polacas.

Los dos ejércitos arrolladores marcaron en la Historia el «Finis Poloniae». El uno, mandado por Souvaron, que animaba a los rusos a atacar con la bayoneta con refinada crueldad para herir mortalmente. El otro, traidor por medio del engaño, quiere sorprender las fuerzas nacionalistas.

El 29 de septiembre, Kosciuszko sale de Varsovia con veinte mil hombres y al atravesar el Vístula poco después, reúne sus tropas y les dirige su última palabra, el adiós. Solo ante sus regimientos exclama: «¡Bravos camaradas, queridos compañeros!: ¿Queréis liberar conmigo la Patria y ser fieles al juramento de vencer o morir? El que dude

de entre vosotros, salga de nuestras filas, es libre de marcharse». Pero nadie se movió. Aun otra vez: «Doy mi palabra de jefe de dejar en libertad al que dude». Una larga aclamación fué la respuesta: «Hasta la muerte contigo, mi general».

Kosciuszko saca la espada y sobre la hoja, jura salvar a Polonia. De todas las gargantas surge el canto nacional con el grito de «¡Polonia no perecerá!».

Da a Poniatowski el mando del ejército principal, y con sólo cuatro mil hombres engaña y desafía a Fersen, el general ruso, que cuenta con diecisiete mil. Los rusos atacan, «¡Varsovia, venganza!», a lo que responden los valientes polacos «¡Victoria o muerte!». Como en Dubienka, los rusos son rechazados, pero la ola rusa, enorme, se renueva constantemente... Al fin, es ya el combate heroico de uno contra diez, al arma blanca, sin municiones... Kosciuszko se bate al frente de un puñado galvanizado con su ejemplo. Al fin cae, rodeado de feroces cosacos, cuando un oficial, humano, detiene a uno de ellos que iba a acabar aquella preciosa vida... «¡No, no lo mates, que es Kosciuszko!» Ante este nombre, cuyo prestigio impone a los mismos enemigos, los rusos re-



cogen al herido, que no es más que un amasijo de heridas.

Será o no cierto que al caer hubiese gritado «¡Finis Poloniae!» —no se sabe—, pero lo cierto es que este trágico fin se realizó en aquel momento. Varsovia cayó cuando Kosciuszko ingresaba en el fuerte de Petropawlosk, que tantos episodios de la Historia ha presenciado...

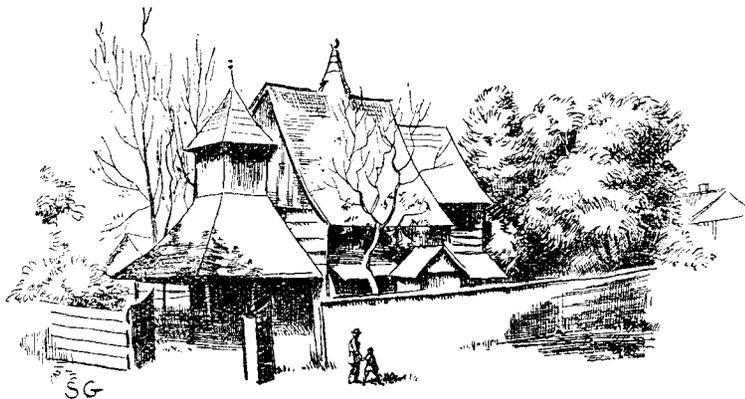
Polonia debía resucitar, sin embargo, tras el tratado de Versalles, en 1919, para vivir solamente veinte años, hasta ser objeto de una nueva conquista y de un reparto aún más cruel. Después es la Historia la que se encargará de esclarecer este punto, y de decirnos si esta heroica nación podrá sobrevivir tantas pruebas y si dejada otra vez a sus propios destinos, no caerá en los tradicionales defectos que tanto contribuyeron a su ruina.

Pero en todo caso, Polonia es un símbolo que nos pertenece de derecho a nosotros, a los católicos, en forma irrenunciable.

Esta patria de héroes y de santos, de los Estanislao y los Bóbola, de los Sobieski, vencedores del Islam, en modo alguno puede ser una bandera del Liberalismo trasnuchado y agonizante de nuestros tiempos.

El sedimento cristiano de este pueblo heroico, con su profundo vigor de alma de cada uno de sus pobladores, que es racialmente católico. Que en la Religión este pueblo, víctima primero de su desunión — único defecto — y su particularismo, sobre todo en la esfera aristocrática, ha encontrado la fuerza que lo ha hecho tantas veces mártir.

G. VALENZUELA.



Dice León XIII en la Encíclica «Sapientiae Christianae»:

«Es deber de los católicos profesar abiertamente la doctrina de la Iglesia y propagarla con firmeza cada uno en la medida de sus fuerzas.»

Y aclara:

«Ciertamente que el oficio de predicar y enseñar corresponde por derecho divino a los maestros que el Espíritu Santo puso como Obispos para regir a la Iglesia de Dios; y sobre todo al Romano Pontífice, Vicario de Jesucristo, que preside con potestad suprema a la Iglesia Universal para enseñarla en materia de fe y costumbres.

Sin embargo, no hay que pensar que esté prohibida a los particulares toda actividad en esta materia, sobre todo a aquellos a los que Dios concedió aptitud y deseo de apostolado; los cuales, siempre que sea oportuno, pueden sin dificultad no ciertamente asumir el papel de doctores pero sí hacer partícipes a los demás de lo que ellos recibieron, a modo de un eco de la voz de los maestros.»

Algunas escenas de la vida de Pedro y de la Iglesia primitiva, reseñadas en los Actos de los Apóstoles

Más de una vez, en sus discursos y en sus parábolas, Jesús había anunciado que el Reino de Dios, rechazado por los judíos, sería aceptado por los gentiles. Pero no por esto el pueblo judío dejaba de ser el pueblo elegido, el pueblo de las promesas. Un grupo de judíos de raza, «las reliquias», que dice San Pablo, constituyen el núcleo de la primitiva Iglesia, y su predicación sigue dirigiéndose, de momento, a la casa de Israel.

Éxito inicial de la predicación de los Apóstoles

a) Pentecostés. (Act. II)

El éxito inicial de esta predicación fué extraordinario. Empieza el mismo día de Pentecostés.

Al ruido producido a la llegada del Espíritu Santo, toda la ciudad, superpoblada en aquel momento por la presencia de judíos y prosélitos, varones religiosos, de todas las naciones que hay debajo del cielo, se congregó alrededor de la casa que los Apóstoles ocupaban.

El milagro de las lenguas los pasmó. ¿Qué viene a ser esto?, exclamaban. Y surgen al instante las dos interpretaciones: la fiel y la hostil, que hemos visto a menudo contrapuestas durante la vida de Jesús: la primera, desconcertada ante lo maravilloso del prodigio; la segunda, sugiriendo: «Están llenos de mosto».

Mas Pedro, acompañado de los once, toma la palabra para exponer el misterio de aquel día y el misterio de Jesús. Pedro sienta, explícitamente, desde el primer instante de la vida de la Iglesia, las dos verdades principales de la fe.

En primer lugar, el misterio de Pentecostés:

«¡Varones de Judea, y todos los que habitáis en Jerusalén! Oid con atención mis palabras. Pues... esto que ocurre es lo que fué dicho por el profeta Joel: «Y acontecerá en los postreros días, dice el Señor, que Yo derramaré de mi Espíritu sobre toda carne; y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas, y vuestros mancebos verán visiones, y vuestros ancianos soñarán sueños... Y acontecerá: que todo aquel que invocara el nombre del Señor será salvo.»

Y pasa entonces Pedro a hablar del misterio de Cristo, crucificado por manos malvadas, y de su Resurrección, profetizada por David: «Previéndolo, habló de la Resurrección de Cristo, que ni fué dejado en el Sepulcro ni su carne vió la corrupción.»

Y este Cristo resucitado, sentado a la diestra del Padre, es el que envía su Espíritu al mundo: «Así que ensalzado a la diestra de Dios, y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado sobre nosotros este Espíritu, a quien vosotros veis y oís.»

Estas palabras movieron a todos a gran compunción, y dijeron a Pedro y a los Apóstoles: «Varones hermanos, ¿qué haremos?» Y Pedro les dijo: «Arrepentíos, y que cada uno de vosotros sea bautizado en el nombre de Jesucristo: porque para vosotros y para vuestros hijos es la promesa, y para todos los que están lejos, cuantos llamare a sí el Señor, vuestro Dios.» Y fueron añadidas aquel día cerca de tres mil personas.

b) El milagro de la puerta «Speciosa» (Act. III).

A estos tres mil conversos pronto se añadieron otros dos mil: fué en ocasión del milagro de la curación de un cojo que hicieron Pedro y Juan, junto a la puerta llamada «Hermosa».

Pedro y Juan iban al Templo a orar, allá a las tres de la tarde. Y al pasar ellos, traían a un hombre, cojo de nacimiento, que cada día pedía limosna a la puerta del

Templo. Cuando éste vió a Pedro y a Juan entrar, les rogaba que le diesen una limosna. Pero entonces Pedro le dijo: No tengo oro ni plata, pero lo que tengo te doy. En nombre de Jesucristo Nazareno, levántate y anda. Y tomándolo por la mano derecha le levantó, y al instante fueron consolidados sus pies y sus plantas.

Todo el pueblo, viendo este prodigio, acudió atónito al Pórtico de Salomón, donde ellos estaban. Y viéndolo Pedro, vuelve a explicarles el misterio de la filiación divina de Cristo, de su Pasión, de su Resurrección, del poder salvador que tiene la fe en El, de la necesidad de hacer penitencia, ya que el fin de su misión es, precisamente, éste: es decir, apartar a cada uno de su maldad.

Estaba aún hablando Pedro con ellos, cuando algunos sacerdotes acudieron a aquel lugar. Un grupo de saduceos les acompañaba, especialmente hostil: pues los Apóstoles enseñaban la resurrección de Jesús y ellos, en cambio, negaban explícitamente la resurrección de la carne. Por instigación suya, Pedro y Juan fueron encarcelados; «mas muchos de los que habían oído su predicación creyeron, y fué el número de los varones cinco mil».

El Papa se refiere a la Iglesia primitiva

(«Summi Pontificatus»)

Tenemos ya constituido el núcleo de aquella Iglesia primitiva, aquella a la que Pío XII se refiere al final de la Encíclica «Summi Pontificatus», que reproducimos en este mismo número. Recordad el fragmento: «Así pondréis en práctica el sublime precepto del divino Maestro, el testamento más sagrado de su Corazón: «ut omnes unum sint», que vivan todos en aquella unidad de fe y de amor por la que reconozca el mundo la potencia y la eficacia de la misión de Cristo y de la obra de su Iglesia.»

a) Caracterizada por su caridad.

Y sigue el Papa: «La Iglesia primitiva comprendió y actuó este divino precepto», que es el precepto de la unión por la caridad, por el amor sobrenatural: «Y todos los que creían estaban unidos, y tenían todas las cosas comunes. Vendían sus posesiones y haciendas, y las repartían a todos, conforme a la necesidad de cada uno, y diariamente perseveraban unánimes... con alegría y sencillez de corazón.» (Act. II, 44). Y en otro pasaje: «Y de la muchedumbre de los creyentes era uno el corazón y el alma una; y ninguno de ellos decía ser propio nada de lo que poseía», sino que todas las cosas les eran, voluntariamente, comunes. Y no había ninguno necesitado entre ellos, porque cuantos poseían campos o casas los vendían, y traían el precio de lo que vendían y lo ponían a los pies de los Apóstoles, y se repartía a cada uno según lo que había menester. (Act. IV, 32 y ss.)

Vemos, pues, que esta Iglesia primitiva descuella, ante todo, por su caridad.

b) Presidida por Pedro.

La pequeña comunidad tiene, desde los primeros momentos, un Jefe; que no es otro que el que, después de la Ascensión, ha presidido la elección de Matías; el que el día de Pentecostés, habla a la muchedumbre en representación de los doce; el que defiende los derechos de la predicación cristiana cuando es llevado, junto con Juan, ante el Sanedrín, después del milagro que hemos reseñado. Y este Jefe es Pedro, aquel a quien Jesús había dado las llaves de su Reino, y el encargo de con-

firmar a sus hermanos en la fe; el relevante protagonista de la primera mitad de los «Hechos» (1).

Y es justamente en favor de este Jefe, de Pedro, que se manifiesta de un modo especial la caridad y la unión en la oración que caracteriza a la Iglesia primitiva, en otra de las escenas que vamos relatando, una de las más emotivas de los Actos de los Apóstoles. (Act. XII).

La persecución se había desencadenado por segunda vez en Jerusalén. Herodes, que ha hecho decapitar a Santiago, pensó que haría placer a los judíos prendiendo también a Pedro, y manda encarcelarlo.

Mientras Pedro estaba en la cárcel, la Iglesia hacía sin cesar oración a Dios por él. Mas, la misma noche que Herodes quería hacerle comparecer ante el pueblo, sobrevino el Ángel del Señor y, tocando a Pedro en el lado, le despertó y dijo: Echate encima tu ropa y sígueme. Y salió, y le iba siguiendo, pensando que soñaba. Y pasando la primera y segunda guardia, llegaron a la puerta exterior, que se les abrió de suyo; y habiendo salido, pasaron a la calle, y luego se apartó de él el Ángel.

Pedro se dió entonces cuenta de que no estaba soñando, sino que era una realidad cuanto le sucedía, y, considerando esto, fué en seguida a la casa donde estaban muchos, congregados para orar.

Tocó Pedro a la puerta del patio; una muchacha, llamada Rhode, bajó a escuchar quién había.

Así que ella conoció la voz de Pedro, de alegría, sin abrirle la puerta, corrió adentro diciendo que era Pedro quien llamaba, y ellos no la querían creer; y mientras discutían, seguía Pedro en la puerta, llamando.

Por fin le abrieron. Pedro, entonces, les contó rápidamente lo que había ocurrido, recomendando silencio con la mano; y, sin detenerse allí, se fué inmediatamente a otro lugar.

Por la mañana siguiente, fué grande el alboroto entre los guardias sobre lo que se había hecho de Pedro.

Y la palabra del Señor crecía y se multiplicaba. (Act. XII).

c) Asistida por el Espíritu Santo

Esta multiplicación se realiza bajo la protección sensible del Espíritu Santo. La asistencia de esta divina Persona se muestra de un modo especial en estos momentos de la historia primitiva de la Iglesia. Ella es la causa de la caridad que unía a los fieles, primicias de la fe, adornados de los mayores carismas.

El nombre de este Divino Espíritu es una de las primeras palabras que se encuentran en boca de Pedro desde el momento en que empieza a ejercer su primacía: «Varones hermanos: era necesario que se cumpliera la Escritura que predijo el Espíritu Santo...», exclama al tomar la palabra para elegir sucesor a Judas.

Por este Divino Espíritu tienen los Apóstoles el don de lenguas. A El atribuye Pedro todas las manifestaciones sobrenaturales del día de Pentecostés. Bajo su influencia y bajo la paternal autoridad de Pedro, la comunidad naciente se desarrolla como la más unida de las familias.

La caridad puesta a prueba

a) Bautismo de Cornelio (Act. X)

Unida entre sí, ciertamente, lo está; pero, pronto la caridad de esta primitiva Iglesia será puesta a prueba cuando se le presenta el problema de la admisión de los gentiles en su comunidad.

A pesar de que la virtualidad salvadora de Cristo era universal y de que él mismo lo había enseñado así, el propio Pedro entiende con dificultad cómo es posible que los gentiles puedan ser admitidos también a formar parte de la comunidad cristiana.

Un milagro es para ello necesario: la visión que precede al bautizo del centurión Cornelio, otra maravillosa escena del libro de los «Hechos»: una de aquellas en que resplandece de un modo particular la paciencia y amabilidad de Dios en adaptarse a nuestra flaqueza.

(1) Cfr. Fouard, «Les origines de l'Eglise»: Saint Pierre.

«Lo que Dios ha purificado, no le llames tú común e impuro», debe decirle el Señor cuando Pedro rehusa comer de los animales de toda clase que le son presentados en sueños. Y esto se repitió hasta tres veces.

Y mientras Pedro, una vez despierto, estaba dudando sobre la realidad y el significado de aquella visión, he aquí que unos hombres llegaron a su puerta, enviados por un Centurión llamado Cornelio: hombre religioso y temeroso de Dios con toda su casa.

Pedro está maravillado de lo sucedido, pues entiende ahora el significado de su sueño; y, llegado con sus acompañantes, a quienes sigue, a casa de Cornelio, en Cesárea, al día siguiente, no puede menos de manifestar a aquél y a los amigos que había convocado para recibirle, que una revelación divina ha sido precisa para decidirle a dar este paso: «Vosotros sabéis, les dice, cómo es cosa abominable para un judío el allegarse a un extranjero; mas Dios me ha mostrado que a ningún hombre llamase común o inmundo.»

b) Concilio de Jerusalén

Sin embargo, la cuestión no quedará resuelta con esto. Y volverá a plantearse enérgicamente en el Concilio de Jerusalén.

Los judaizantes, que Pablo, el Apóstol de los Gentiles, debe combatir para ser fiel a su vocación, se unirán pronto alrededor de la figura de su Obispo, que no es Pedro, sino Santiago el Menor, el primo de Jesús.

Los otros Apóstoles se desparraman: Pedro mismo deberá abandonar la Ciudad, a consecuencia de la persecución, como anteriormente hemos referido.

c) Traslación del Primado a Roma

Parece que es en este momento cuando Pedro se traslada a Roma. Expulsado de aquí, volverá por segunda vez a esta Ciudad, a la que ha llegado preso, un tiempo antes, Pablo.

Uno y otro caerán víctimas de la persecución. Y esta Iglesia Romana será la que heredará la primacía de Pedro...

¿Por qué no habrá sido la Iglesia de Jerusalén, la Iglesia primitiva que había brillado por su caridad?

d) Enfriamiento de la primitiva caridad

Probablemente, porque su caridad se había enfriado. En el drama de la reprobación del pueblo judío, el asesinato legal de Jesús no es el último acto. Incluso esto parece que la Providencia estaba dispuesta a soportar al pueblo judío: ya hemos visto cómo los Apóstoles se dirigen inicialmente a él, y cómo entre los judíos se forma la primitiva Iglesia. Pero, aceptada por ellos la mesianidad de Jesús, quieren para sí todos los frutos de la redención. No comprenden que el egoísmo nacional es incompatible con la misión de Apostolado universal a que Dios había querido prepararlos. Su formidable caída no ha servido para humillarlos: y así vemos cómo la incorporación de los gentiles, sin acepción de personas, no había sido aceptada por ellos, incapaces de superar la estrechez de su tradición.

Cuando Santiago «el Justo», muere, esta Iglesia, infiel a su misión, degenera pronto y se extingue.

En este sentido, es posible interpretar tal vez las cargas que en la Apocalipsis hace Jesucristo a la primera de las siete Iglesias, a la que reprende por haber perdido la primitiva caridad y amenaza trasladar de su lugar central al candelero que la representa: «Pero tengo contra tí que has dejado tu primera caridad. Recuerda por tanto de dónde has caído, y arrepíentete, y haz las primeras obras; pues si no, vendré presto a tí, y quitaré tu candelero de su lugar. (Apoc. II, 4 y 5).

Tal es la Iglesia primitiva, cuya pristina caridad el Papa nos pone por modelo, invitándonos a unirnos a su alrededor superando en nuestro corazón los egoísmos nacionales que siguen siendo un gravísimo obstáculo a la misión de paz de la Iglesia.

JAIME BOFILL

“ΔΙΔΑΧΗ”

O DOCTRINA DE LOS DOCE APOSTOLES

Uno de los libros más antiguos y que más ha servido para la formación religiosa de los primeros cristianos, después de los textos de la Biblia, es este pequeño libro compuesto en el primer siglo. No es un texto literario. Escrito en griego hebraizante, nos da una idea bastante exacta de la vida cristiana en aquella época. El autor, es anónimo, lo escribió en la Siria o Palestina. Es un judío convertido, según parece. Este libro fué muy venerado en la antigüedad, que lo colocaron entre los apócrifos. Eusebio, en su historia Eclesiástica, lo enumera en la lista de los *νθεά*. Clemente de Alejandría lo valora como *γραφή*. (Escritura). Este librito, del cual se conocían sólo los primeros capítulos, fué hallado en el Monasterio del Santo Sepulcro de Jerusalén, por el Metropolitano de Nicomedia, Filoteo Briennios, que lo publicó en 1883. El manuscrito griego que se hallaba en la Biblioteca Patriarcal de Jerusalén, está fechado en 1056. Es uno de los documentos más antiguos del cristianismo, por la índole del texto y por el sentir unánime de todos los escritores ortodoxos y heterodoxos. Se discute la fecha, pero puede afirmarse con mucha probabilidad, que pertenece a fines del primer siglo. El racionalista Harnack, le asigna una fecha más próxima entre 190 y 200. P. C. Funck, Schaff, Zahn lo colocan en el año 90. Sabatier y Majocchi, en el 50 de nuestra era. Es evidente que se trata de un documento antiquísimo. Posteriormente, se ha descubierto una versión copta muy interesante, puesto que contiene una plegaria para el óleo santo (Muron) de las unciones, posiblemente, del Bautismo y Confirmación. Esta versión se halla en el British Museum.

El libro consta de dieciséis capítulos, morales, litúrgicos, disciplinarios, y, el último, escatológico. En él se encuentran los puntos más esenciales del Dogma y Moral. La doctrina sacramental del Bautismo, Penitencia y la Eucaristía, especialmente, se hallan desarrollados. La jerarquía de la Iglesia la encontramos perfilada en los Obispos y Diáconos. La oración dominical, que debe recitarse tres veces al día; el ayuno, los miércoles y viernes; la fracción del pan, el Domingo. Esbozo del culto litúrgico de aquellos tiempos, muy substancial para la vida interior de la comunidad.

Los apóstoles y profetas que hablan en espíritu, son descritos en sus funciones específicas. Estos Apóstoles o enviados no son, evidentemente, los discípulos de Jesús, sino sus continuadores. Hay, también, los maestros.

El estilo y pensamiento es hebraizante, pero las verdades que enseña son cristianas. Harnack ha hablado de un documento judío con pensamientos cristianos. El autor parece pertenecer al círculo de San Jaime el Menor, por las ideas y citas de las cartas. Cita a menudo la Sagrada Escritura, pero un poco libremente, conoce el Evangelio según San Mateo y bastantes cartas de San Pablo. Insiste mucho en la caridad, fraternidad y en la doctrina moral. La obra se divide en doctrina moral (1-6), litúrgica (6-10) y disciplinaria (10-15) y el 16, escatológico o de las cosas que acontecerán al fin del mundo. Dogmáticamente encontramos en la Didaché la existencia de Dios en tres personas. Dios Creador de todo. Todopoderoso. Padre Celestial. Bienhechor material y espiritual de los hombres. Temor y honra debidos a Dios. Dios es santo. La hipocresía de los judíos. El fundamento de nuestra esperanza. Nada pasa sin Dios. Gloria a Dios. El Niño de Dios. Dios de David. Afirma la divinidad de Jesucristo, el Señor. La del Espíritu Santo santificador. La Iglesia universal santificada y lavada por Jesucristo. El Bautismo y Eucaristía por Jesucristo. El catecúmeno recibe el Bautismo después de una instrucción, y sin él no puede recibir la Santa Eucaristía. El Pater Noster debe ser recitado tres veces al día. Se ayuna el miércoles y viernes, para no hacerlo

como los judíos. Los ministros del Señor deben ser recibidos como El. Al fin de la vida, Resurrección y juicio. El hombre está hecho a imagen y semejanza de Dios pero puede pecar y entonces se requiere el perdón, se confesará el hombre (*ομολόγησις*). (omológesis). Hay que tener amor de Dios y no pecar con el pensamiento, palabra y obra. Cumplir todos los mandamientos del Señor sin añadir ni quitar nada. En el Capítulo XVI describe el fin último, las señales que lo precederán; la hora no se sabe. El amor se trocará en odio. El seductor del mundo hará cosas inicuas. Muchos perecerán, pero otros serán salvados por el anatema que es Cristo. Los signos de la verdad son: expansión del reino de Dios, trompeta, resurrección de los muertos que deben acompañar al Señor. Después, el Señor vendrá sobre las nubes.

Es interesante también la alusión a la vida de perfección cuando dice que si puedes llevar la carga del Señor entera, serás más perfecto; si no te es posible, haz lo que puedas.

Los distribuidores de la Eucaristía son los Obispos y Diáconos (jeroitenesete). Los distribuidores de la palabra parecen ser los Apóstoles y profetas, que hablan, éstos, «en espíritu», en estado extático. Distingue los Maestros falsos de los verdaderos y da los caracteres para distinguirlos.

Realmente, sorprende que se halle tan purificado el pensamiento cristiano en estos tiempos. La claridad evangélica, el contacto con los apóstoles, la fe en la palabra operante de Cristo, acompañado de una caridad fraterna, nos dan idea precisa de lo que eran aquellas cristiandades nacientes y de la entrega total a la gran vida cristiana. El texto tiene una frescura y una naturalidad envidiables. Las cosas de Dios parece que se tocan, se palpan. Las palabras que acompañan a estos gestos son sabias y precisas. La piedad, el deseo de unión, la acción de gracias perenne y el amor a Dios y al prójimo, dominan estas asambleas en que el Obispo preside esta fracción del pan. Nos hallamos en los primeros tiempos del cristianismo. El ágape fraterno preside todavía la celebración del sacrificio eucarístico. Cabe subrayar el deseo de acentuar la nota eucarística, el «vinculum charitatis et unitatis». La penitencia purifica a los hombres y la plegaria dominical asciende a los cielos, segura y confiada. La bella plegaria de la Iglesia naciente se proyecta segura, después de diez y nueve siglos, en estas páginas, llenas de fe y saturadas de doctrina simple.

FRAGMENTOS DE LA DIDACHÉ

I. — Dos son los caminos, uno de vida y otro de muerte. El camino de la luz es éste: Primeramente amarás a Dios, que te creó; después a tu prójimo como a ti mismo; todo lo que no quieras que te hagan no lo hagas tú a otro. La doctrina de estas palabras es ésta: Bendecid a los que os maldicen y rogad por vuestros enemigos, ayunad por vuestros perseguidores. ¿Qué gracia si amáis a los que os aman? ¿Acaso no hacen lo mismo los gentiles? Vosotros amad a los que os odian y no tendréis enemigos. Abstenente de los carnales y corporales deseos. Si alguien te pega en la mejilla derecha, ofrécele la otra y serás perfecto; si alguien te hace andar mil pasos, ve con él dos mil; si alguien te quita el vestido, dale la túnica; si alguien te quita lo que es tuyo, no reclames; no puedes; a todo el que te pide dale y no reclames; a todos quiere el Padre dar sus dones. Bienaventurado el que da según el mandato; es inocente. Hay del que recibe. Si alguien indigente recibe, será inocente; quien, sin serlo, recibe, dará cuenta por qué recibió y para qué; atado, será demandado de esto que hizo y no saldrá de allí hasta que pague el último cua-

drante. De esto también ha sido dicho: Esfuérzate con la limosna en tus manos, hasta que conozcas a quien des.

II. — No abandones los mandatos de Dios; guardarás los que recibiste, no añadiendo ni suprimiendo nada.

En la Iglesia confesarás (examologesi) tus pecados, y no irás a rezar con conciencia mala.

VII. — *Del Bautismo.* Así bautizad: después de todas estas cosas que dijisteis antes, bautizad en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, en agua viva. Si no tienes agua viva, bautiza en otra agua; si no puedes en agua fría, en caliente. Si no tienes ninguna de éstas, vierte agua tres veces sobre la cabeza en nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Antes del Bautismo, que ayune el bautizante y el bautizado y los otros que puedan; al bautizando mándale ayunar dos o tres días antes.

IX. — *En cuanto a la Eucaristía,* dad gracias así primeramente por el cáliz: Te damos gracias, Padre nuestro, por la Santa Viña de tu niño David (1), que nos hiciste conocer por Jesús, Tu Hijo. Gloria a Ti por los siglos.

Sobre la fracción del pan: Te damos gracias, Padre nuestro, por la vida y ciencia que nos diste a conocer por Jesús, Tu Hijo. Gloria a Ti por los siglos. Así como este pan fraccionado fué dispersado por los montes y reunido se hizo uno; así se reúna tu Iglesia de los extremos de la tierra en tu reino. Porque tuva es la gloria y virtud por Jesucristo, por los siglos. Ninguno coma ni beba de nuestra Eucaristía sino el que ha sido bautizado en el nombre del Señor. Por esto, dijo el Señor: No deis lo Santo a los perros.

X. — Después que estéis saciados, dad gracias así: Te damos gracias, Padre Santo, por tu Santo nombre, que hiciste que habite en nuestros corazones; y por la ciencia, fe e inmutabilidad que nos enseñaste por Jesús, Tu Hijo. Gloria a Ti por los siglos. Tú, Señor omnipotente, creaste todas las cosas con tu nombre y diste la comida y bebida a los hombres para su utilidad, para que te den gracias; mas, a nosotros, has dado comida y bebida espirituales y vida eterna por medio de Tu Hijo; ante todo, te damos gracias porque eres poderoso. Gloria a ti por los siglos. *Acuérdate, Señor, de tu Iglesia, para que la libres de todo mal y la perfecciones en tu caridad y la congregues de los cuatro vientos, santificada en tu reino que le preparaste. Porque tuya es la virtud y gloria por los siglos* (2). Que venga la gracia y se vaya el mundo. Hosanna al Dios de David. El que es santo que se acerque; si no lo es, que haga penitencia. Marán Athá (1). Amén. A los profetas permitidles que den tantas gracias cuantas quieran.

XI. — Aquel que, acercándose, os enseñare estas cosas, recibidle. Pero si el que os enseña se pervirtiere y os enseñare otra doctrina para destruir, no lo sigáis; si, por el contrario, es para aumentar la justicia y el conocimiento del Señor, recibidle como al Señor. Respecto a los Apóstoles y profetas, portaos conforme está preceptuado en el Evangelio. Todo Apóstol que llegue a vosotros, recibidle como al Señor; pero no se quedará más que un día y, si fuere menester, otro; si se quedara tres es un falso profeta. Al partir, no tome nada el Apóstol. Sólo el pan necesario hasta donde tuviere que pernoctar.

La han editado: Ph. Briennios, 1883; C. Taylor, 1886; Harnack, 1884; F. X. Funk, 1887; J. Rendel, 1887; H. Tietzmeron, K. Bialmeyer, 1924.

(1) Se refiere probablemente a la Sangre de Jesucristo, descendiente de David.

(2) Citado por Pío XII en la Encíclica «Summi Pontificatus».

(1) Palabras caldeas que San Pablo recuerda, y significan: Ven, Señor nuestro.

No tentéis ni juzguéis a ningún profeta que hable en espíritu; pues todo pecado será perdonado, mas este pecado no será perdonado.

No todo el que habla en espíritu es profeta, sino el que tiene las costumbres del Señor. Por las costumbres será conocido el verdadero profeta del falso. Todo profeta que enseñe la verdad, si no practica lo que enseña, es un falso profeta.

XII. — Todo el que venga en nombre del Señor sea recibido y, después de probado, lo conoceréis. No os faltará inteligencia para conocer la derecha de la izquierda.

Si el que llega es un peregrino ambulante, ayudadle cuanto podáis; pero no se quedará más de dos o tres días, si tiene necesidad. Pero si quiere morar y es artesano, trabaje y coma. Si no tiene oficio, haced según vuestra inteligencia os dicte para que no viva entre vosotros ocioso un cristiano. Si no quiere comportarse de esta manera, es un traficante de Cristo. Guardaos de tales personas.

XIII. — Todo verdadero profeta que quiera habitar entre vosotros es merecedor del sustento. De la misma manera, un verdadero doctor es acreedor, como el operario, a su sustento. Toma las primicias del lagar y de la era, de las vacas y de las ovejas y las entregarás a los profetas, pues ellos son los príncipes de los sacerdotes. Si no tenéis profetas, dadlos a los pobres.

Si hicieres pan, toma las primicias y dalas según está mandado. De la misma manera, al abrir una tinaja de vino o aceite, toma las primicias y dalas a los profetas. Y del dinero de las vestiduras y de todos los bienes, toma las primicias, según tu parecer, y dalas, según lo mandado.

XIV. — Cada Domingo del Señor, después de reuniros, tomad el pan y dad gracias después que hayáis confesado vuestros pecados, para que vuestro sacrificio sea puro (ἁγία), hostia, sacrificio). Quien tenga discusión con sus amigos, no se reúna con vosotros sin haberse reconciliado, para que no se contamine vuestro sacrificio. Pues el Señor ha dicho: en todo tiempo y lugar ofrezceme un sacrificio puro, porque soy un rey grande, dice el Señor, y mi nombre es admirable entre las gentes.

XV. — Elegid para vosotros Obispos y Diáconos dignos del Señor: varones mansos y no avarientos, veraces y probados; porque os sirven de ministros (λεϊτοὶ προνοί) de los profetas y doctores. No los despreciéis, pues ellos son los doctores y los profetas son los honrados de entre vosotros. Reprendeos los unos a los otros sin ira sino pacíficamente, conforme al Evangelio. El que cometa una falta contra otro, nadie le hable ni le escuche hasta que se arrepienta.

Haced vuestras limosnas, oraciones y todas las obras como lo tenéis ordenado en el Evangelio de Nuestro Señor.

XVI. — En los últimos días se multiplicarán los falsos profetas y corruptores y las ovejas se convertirán en lobos y la caridad se tornará en odio. Acrecentada la iniquidad, los hombres se perseguirán y se harán traición. Entonces aparecerá el seductor del mundo y hará señales y prodigios; la tierra le será entregada y harán iniquidades que nunca han sido hechas en el transcurso de los siglos. Entonces, toda humana criatura será entregada a la prueba de fuego y se escandalizarán muchos y perecerán; los que perseverasen en su fe serán salvados de aquel maldito. Entonces aparecerán los signos de la verdad: primero, la del cielo abierto; después, la señal de la trompeta, y, el tercero, la resurrección de los muertos, pero no de todos, sino de los que se ha dicho: Vendrá el Señor y todos los santos con El. Entonces verá el mundo al Señor, que viene sobre las nubes.

ESTEBAN MIQUELA, pbro.



El artículo de V. Crémer Alonso, aparecido en el primer número de CRISTIANDAD, sobre "PAUL CLAUDEL, poeta católico", ha dado lugar a la presentación de otros poetas insignes: Costa y Llovera, Manzoni, Péguy.

Reproducimos hoy de nuestro colega "MISIÓN" (en sus números del 22 y 29 de abril) unos fragmentos de un artículo sobre Ernesto Hello, en el que se presentan las concepciones filosóficas de este escritor.

ERNESTO HELLO

Profeta anacrónico

A lo largo de una somera relectura de las obras catalanas y castellanas de Juan Maragall, poeta absoluto, se nos ofrece la ocasión de hojear las primorosas páginas de un libro de Ernesto Hello que el vate barcelonés tradujo en prosa de fina tersura. De nada menos que de las *Fisonomías de santos* se trata. Conocimos el libro en la propia versión muchos años ha, y siempre lo consideramos obra maestra del espíritu literario y admirable producto de un alma fuerte que parece rezar en tono polémico. Porque el narrador de estas hagiografías no abandonaba la actitud combativa ni para dormir lo escasamente que sus incurables dolencias le permitían. Pelear era su descanso.

He aquí que para nosotros el breve opúsculo de Ernesto Hello posee el doble valor de su permanente actualidad y el evocacional de reinstalarnos en ya remotas épocas.

.....

Nació Ernesto Hello en Lorient, en 4 de noviembre de 1828. Su padre, hombre de foro, pretendió conducirlo a la profesión forense. Inicióse en el Derecho para no tardar en abandonar una carrera hacia la que no experimentaba simpatía alguna. Solicitóle, en cambio, el estudio de la ciencia de Dios e hizo de la Teología permanente tarea de sus desvelos.

Qué hubiera sido del admirable literato bretón, enfermizo y endeble, sin la Zoe Berthier, la mujer que le tocó en suerte, no es posible sospecharlo. Lo que sí cabe afirmar es que ella, diez años mayor que él, le sostuvo, le alentó y le consoló en lo que sería aceptable llamar combate desde el pupitre, con frágil cálcamo por arma y las palabras como proyectil. La excelente Zoe Berthier nos ofrece un buen margen colaborativo en las obras de Ernesto Hello. Es ella una de esas mujeres «inspiradoras», como Schuré las ha denominado. Escribió Hello sus libros al resguardo de aquella femenina protección y fué feliz en el hogar, si en la existencia pública discrepante y adusto. Cumplía cincuenta y siete años cuando el Señor le convocó a gozar de las inmarcesibles delicias.

¡Ernesto Hello! Es difícil darse cuenta ahora, en 1944, de lo que el nombre de Ernesto Hello significaba cuando uno de sus libros, *Rushrock*, se convirtió en el *Rushrock*, el admirable, inspirador de Mauricio Maeterlinck en los limbos de la vigésima centuria, en pleno reinado del «98» y en pleno auge del modernismo, galicista y hospitalario de novedades, flor de un día las que lo fueren y persistentes sobre más firme solar las otras.

Existe un libro de Ernesto Hello que, más compendiosamente que otro alguno, es definidor de sus preocupaciones y de sus inquietudes. Si en las *Fisonomías de santos* nos dió, como en síntesis, la epopeya de buen número de seres gloriosos, definido cada uno por sus personalidades y por sus virtudes, y todos radiantes de iridiscente aureola mística, en este otro volumen es el agonista de la fe el que se nos revela. Agonista intrépido, gladiador e impávido pugilista contra los enemigos del cielo, se aparece en *Philosophie et Athéisme* el fervoroso propagandista de las eternas, sempiternas verdades. Ernesto Hello escribe con toda el alma y con todo el cuer-

po; la huella de su pluma sobre el papel es signo de ánimo y de ánima, de voluntad y de afanes proselitistas.

Rechaza a los malos e intenta la recluta de los buenos. ¿Escucharán éstos la estridencia de su potente clarínazo?

Supone Ernesto Hello que todo es Teología, porque sin la ciencia de Dios, ¿qué ciencia no es vana?

«Saludada por la Historia, por la ciencia y por el arte, la filosofía saluda a su vez a la Teología. Y la Teología acoge su saludo.» Y sigue: «Toda vez que el sabio, el artista, el historiador, el teólogo, se hallan unidos íntimamente con el filósofo (al verdadero filósofo), ¿quién se atreverá a contradecir esta noble y santa ciencia que es un amor, el amor de la sabiduría, a esta ciencia que es síntesis de la bella verdad?»

E insiste Hello, sencilla y sobriamente, disertando acerca de lo que es filosofar, es decir, pensar con norma. «La verdadera filosofía tiene por punto de partida una afirmación. La filosofía falsa parte de la negación y de la duda.»

«Declaro — asevera heroicamente poco después — la guerra a Descartes. Uno de mis proyectos es matarle.

»Su duda metódica se propone reconstruir una a una las verdades que derruyó a un tiempo. He ahí la ilusión. Queréis dudar para establecer inmediatamente lo que habéis destruido. La duda, punto de partida, es el veneno que destruirá todas las operaciones de vuestro espíritu.»

Entre los sorprendentes atisbos de Ernesto Hello nos hallamos con insinuaciones que, si servían para su época, contienen elementos de duradera vitalidad. «Uno de los más radicales errores — dice — que nos hayan asaltado es el de creer que el orden natural y filosófico se encuentra tanto más al abrigo, tanto más seguro, cuanto más separado del orden sobrenatural, del dominio teológico se halla. El orden natural y el orden sobrenatural son distintos pero no están distanciados. La distinción y la separación son entre sí tan diferenciables, que para confundirlas han sido necesarios prodigios de ignorancia. El orden natural solicita la presencia del orden sobrenatural.»

.....

«Desde que la ciencia se ha separado de la divinidad — escribe en otra página — es como si de sí misma se hubiera separado.» «No ha advertido que para ella como para nosotros reinar es servir a Dios.» El arte quiso, a su vez, libertarse, vivir por sus propios medios y para sus fines propios y anárquicos. «En la teoría del arte por el arte supuso que había de encontrar su liberación y fué, por el contrario, su humillación la que le salió al paso.» ¡Qué más glorioso que la obediencia a la eterna fe absolutamente verdadera y absolutamente hermosa! ¿Habría algo más vergonzoso que la esclavitud a la propia fantasía? «Lo propio de la fantasía — leemos algo después — es carecer de finalidad.»

Ernesto Hello, en frase de Juan Maragall, recogida del propio autor de las *Fisonomías de santos*, «pertenece menos a la fama que a la gloria, porque vivió más para adentro que para afuera. Y era en las honduras de su espíritu donde podía recrearse al contemplarlas atestadas de radiantes tesoros».

IVÁN D'ARTEDO.

LA VIDA

COMENTARIO INTERNACIONAL

El calvario de Polonia

El día 27 de agosto de 1939, el canciller alemán, Adolfo Hitler, enviaba al Presidente del Consejo de Ministros francés, Daladier, una carta contestando a la que éste le había escrito el día anterior. En aquella carta, el canciller después de manifestar que Alemania no tenía ninguna reivindicación sobre el territorio de Francia, añadía: «*Me doy perfectamente cuenta de las graves consecuencias que un conflicto de esta naturaleza comporta. Pero creo que las más graves habrán de ser soportadas por Polonia, pues es un hecho que, sea cual sea el final de una guerra nacida de esta cuestión, el Estado polaco actual no podrá sobrevivir.*»

La realidad de las posibilidades que se ofrecen a Polonia en el momento presente, dan a las anteriores palabras una valoración exacta de la tremenda catástrofe que representó para el noble país, su entrada en la guerra.

Desde el instante en que Alemania y Rusia concertaron su efímero — pero en aquel momento efectivo — pacto de no agresión, no fué ya ningún secreto que la cuarta repartición de Polonia era un hecho indudable. Y cuando más tarde la U.R.S.S. se aliaba con la Gran Bretaña, nadie pensó que los soviets devolvieran, en caso de ser vencedores, el botín que arrebataron, sin lucha, a su vecino de occidente.

* * *

No merecía la católica nación tan gran desastre, pero no es menos verdad que sus gobernantes, en los instantes en que se ventilaba el ser o no ser de todo el pueblo, no supieron estar al nivel que las circunstancias exigían.

Y más lamentable es aún el actual estado de Polonia, si tenemos en cuenta lo que significa su posición en Europa. La situación aislada en que se encuentra como avanzada del Catolicismo, en medio del mar del cisma y de la herejía, la convierten en un reducto de la verdadera fe, desde el cual se irradian, a las regiones que la circundan, destellos fulgurantes, cuya vivacidad alienta una promesa esperanzadora de un retorno de aquéllas al cobijo maternal de la Iglesia.

Para comprender algo el porqué de la aflicción presente, conviene no olvidar los precedentes históricos de las relaciones del pueblo polaco con los Estados limítrofes, así como considerar aquellas semanas que precedieron a su total derrumbamiento como nación poderosa y soberana. Tal vez así podamos juzgar con mayor rectitud el caso trágico de Polonia, cuya desgracia halla en casi todo el mundo un eco de compasión y también de esperanza.

EL «FINIS POLONIAE» DEL SIGLO XVIII

En la Dieta de 1668, el rey de Polonia, Juan Casimiro V, pronunció estas palabras: «*Preveo la desgracia que amenaza a la patria, y quiera Dios que fuese yo falso profeta.*» Verdaderamente el estado social y político del pueblo polaco no engañaron a aquel soberano. La autoridad del rey era ficticia, ilusoria; su poder no llegaba ni siquiera sobre su propia persona, y vivía pendiente de la voluntad de los nobles, verdaderos reyezuelos que se repartían el mando por todo el país.

Como lógica consecuencia de esta situación, faltaba en el pueblo el sentimiento de unidad, pues aun cuando el patriotismo estaba latente en el ánimo de todos los habitantes, la anarquía tremenda en que se debatían los organismos rectores impedía el establecimiento de una base fuerte de gobierno.

Además, como dice un ilustre historiador, «*la historia de Polonia es pobre de estadistas y filósofos.*» No de otra manera se podría comprender cómo un pueblo que se hallaba en aquel entonces rodeado de tres grandes potencias, Rusia, Austria y Prusia, se entregase a toda

suerte de devaneos inconsistentes, sin fijarse en la debilidad de sus fronteras, ante una coalición de sus vecinos. Y esta coalición no tardó en ser una realidad.

Sólo la disparidad de intereses entre aquellos tres estados, había salvado hasta entonces a Polonia, porque el país estaba en sazón de ser ocupado por cualquier gobernante extranjero que se lo propusiese. Escribe Raynal: «*El más débil de sus enemigos puede impunemente y sin reparo pisar su territorio y cobrar impuestos de guerra, puede destruir sus ciudades, devastar sus campos, asesinar o llevarse a sus habitantes.*» Tal es el cuadro que ofrecía el país a los Estados que lo rodeaban. Y su destrucción llegó por breves etapas.

El 5 de agosto de 1773, se firmaba el Tratado de San Petersburgo, por el cual Austria, Rusia y Prusia, delimitaban las respectivas porciones de suelo polaco de que se habían apoderado en un simple paseo militar.

Austria se quedó con la Galitzia, Rusia anexiónóse la región nordeste, Livonia y Rusia Blanca, hasta el Dnieper-Dvina, y Prusia incorporó a sus dominios la región del Vístula inferior. Era el primer reparto. Polonia perdió casi una tercera parte de su territorio con la aprobación de su propia Dieta y la indiferencia del mundo entero. Sólo el Papa Clemente XIV dirigió una exhortación a los Estados católicos, por medio de los nuncios de Viena, París y Madrid, para salvar a la nación polaca, pero su llamada cayó en el vacío. Austria prometió la devolución del territorio anexionado cuando lo hiciesen Rusia y Prusia. Eso fué todo.

El rey Estanislao había pedido también el auxilio de las Cortes europeas. Pero tampoco obtuvo éxito alguno. El embajador inglés en Varsovia declaró que su soberano no estaba inclinado a preocuparse por los asuntos del pueblo polaco.

El camino para la destrucción total del país quedaba abierto.

Así fué; después de una infructuosa alianza con Prusia, Polonia sufrió, por un tratado firmado por los rusos y los prusianos en 1793, otra mutilación. Las tropas de Catalina II se apoderaron de gran parte de Lituania, de la Ucrania occidental, y de Volinia y Podolia; por su parte, Federico Guillermo II hacía lo propio con la región de Thorn, Danzig y la Posnania. El Imperio austriaco quejóse amargamente por haberse prescindido de su colaboración en este segundo reparto.

El «finis Poloniae» resonó poco tiempo después. En 1795 las tres potencias decidieron terminar definitivamente con el Estado polaco; nuevo acuerdo y último reparto: Rusia ocupó la Curlandia y el resto de Lituania; Austria, la Polonia meridional, con Cracovia, y Prusia lo que quedaba de la Polonia libre.

Europa entera consintió entonces la desaparición del Estado polaco y el Congreso de Viena (1815) confirmó la política de las potencias agresoras.

Lección que podía ser provechosa para un pueblo que vivió confiado, sin darse cuenta de los peligros que lo amenazaban por todas partes. Sin embargo, esta lección, cuando terminada la guerra europea recobró Polonia su independencia, quedó en el olvido. Como entonces, otros Estados poderosos limitaban sus fronteras. Era necesaria una política sagaz para evitar un nuevo reparto, pero, repetimos, Polonia es pobre en estadistas.

LA CUESTIÓN DE DANZIG

Entramos ya en el último periodo de la historia de Polonia. El Tratado de Versalles reconoció la independencia del país, pero en forma altamente provisional. Por un lado, se le atribuía la salida al mar a través de un estrecho «corredor», que separaba la Prusia oriental del

Reich; por otro, la ciudad de Danzig se constituía como Ciudad Libre, y las fronteras orientales de la nación, quedaban, según el artículo 87 del Tratado, en suspenso. Todo ello era un germen de conflictos, como muy pronto pudo apreciarse.

La ciudad de Vilna, que, según el proyecto francés de 1919, se integraba en el territorio polaco, se atribuyó a Lituania por el convenio de 12 de julio de 1920, a instancias de Inglaterra. Después de varios incidentes con los lituanos, terminados con la cesión de Grodno a Polonia, y cuando parecían acabadas las diferencias entre los dos pueblos, el general polaco Zeligowski, al frente de un núcleo de partidarios, conquistó Vilna; esta conquista se intentó legitimarla mediante un plebiscito que, como puede comprenderse, fué completamente favorable a los polacos. Desde entonces quedaron rotas las relaciones entre ambos países, y en esta situación se encontraban cuando estalló el conflicto germano-polaco.

Un distinguido escritor, don Jaime Vicens Vives, ha podido decir: «Versalles fomentó la inseguridad internacional, la competencia económica, el desasosiego político y la incapacidad de Europa para rehacerse de sus quebrantos... Versalles hizo inevitable una nueva contienda.»

El anterior juicio puede aplicarse íntegramente al caso de la Ciudad Libre de Danzig. Esta ciudad quedó bajo el control de la Sociedad de Naciones, y su único objeto era el de que su puerto pudiese ser libremente utilizado por Polonia. No se atrevieron los aliados a incorporarla a esta nación, por ser sus habitantes de raza alemana, pero le dieron un estatuto especial que se regía por el Tratado de Versalles, la Convención de 11 de noviembre de 1920 y el acuerdo aduanero del 24 del mismo mes.

La creación de la Ciudad Libre de Danzig sembró la discordia entre Alemania y Polonia. «Esta solución — escribe el conocido historiador P. Ruiz Amado, S. J. — que no tuvo la virtud de contentar ni a polacos ni a alemanes, agradó, en cambio, mucho a Inglaterra, que vio en ello la posibilidad de captarse un magnífico cliente: es muy posible que sea británica la redacción harto confusa de los artículos 100 y 108 del Tratado de Versalles, que regulan la actual situación de Danzig.»

Las disputas fueron continuas, y todo hacía prever que si no se llegaba a un compromiso entre Polonia y el Reich, se produciría un conflicto guerrero de incalculables consecuencias. El insigne historiador, últimamente citado, al referirse a las querellas entre alemanes y polacos, afirmaba: «Siempre ha de intervenir la Sociedad de Naciones y, como no es fácil que tengan término, hay quien ha dicho que es posible que ésta encuentre en Danzig su Waterloo.» Y no solamente lo ha encontrado aquel organismo, sino casi toda Europa.

En cuanto a la frontera con Rusia, tardó bastante tiempo en delimitarse. Desde la ocupación de Kiew por los polacos hasta la batalla de Varsovia, decisiva para Polonia contra los intentos bolcheviques, la cuestión de los límites orientales fué un foco constante de luchas e intrigas. La paz de Riga de 12 de octubre de 1920 — repetidamente invocada hoy por los polacos emigrados — estabilizó definitivamente los lindes con el país soviético.

La situación interna de Polonia a partir del Tratado de Versalles, pareció mucho a los períodos que hemos analizado del siglo XVIII. Únicamente la férrea mano del mariscal Pilsudski y el estado depresivo en que se hallaban Alemania y Rusia impidieron que sobreviniesen consecuencias como las que se derivaron entonces. No obstante, el malestar con el Reich fué casi continuo; sólo breves etapas del mando de Pilsudski repercutieron favorablemente en las relaciones con la nación germana.

Y llegamos a los días tenebrosos de 1939.

Ya anteriormente, con motivo de los acuerdos de Munich, el Gobierno polaco había ordenado a sus tropas la ocupación de un sector estratégico del territorio checoslovaco; este acto pareció, a muchos, una ayuda a los planes reivindicatorios de Alemania. Poco después, el canciller Hitler planteó directamente con el coronel Beck, ministro de Negocios Extranjeros de Polonia, la cuestión de Danzig y el problema de las comunicaciones del Reich con la Prusia oriental. Alemania pedía la re-

incorporación de la Ciudad Libre y un pasillo extraterritorial a través del «corredor»; a cambio de estas concesiones, ofrecía determinadas garantías de tipo político y económico. Según dijeron entonces informaciones de origen francés, el plan del Führer era realizar una estrecha alianza con Polonia dirigida contra Rusia, que hubiese presupuesto el reparto de la Ucrania soviética.

Sea verdad o no esta última apreciación, lo cierto es que, después de las proposiciones formuladas por el canciller alemán en su discurso de 21 de marzo de 1939, el embajador polaco Lipski, recibió la orden, el día 26, de dar por rotas las negociaciones que se habían iniciado seis meses antes.

LLAMAMIENTO DE S. S. PÍO XII A LA PAZ

El malestar fué creciendo en intensidad. Alemania apoyaba directamente la posición del Senado de Danzig, y las colisiones en los puestos fronterizos se sucedían con ritmo inquietante.

El 23 de agosto se firmaba el pacto de no agresión entre Rusia y Alemania. Polonia se encontraba completamente aislada, pero no cedió, confiando en la ayuda de Francia y de la Gran Bretaña.

S. S. el Papa pronunciaba, el día siguiente, un discurso radiado, llamando a todos a la concordia en aquella «hora terriblemente decisiva». El Pontífice exhortaba a los gobernantes: «Los hombres deben hacer marcha atrás y procurar entenderse, volviendo a tratar entre ellos. Negociando con buena voluntad y con respeto a los derechos recíprocos, se darán cuenta de que las negociaciones pacíficas jamás impedirán obtener un éxito honroso.»

No se quiso escuchar la voz del Vicario de Jesucristo; en realidad, todos estaban confiados en sus propias fuerzas, y el espíritu de orgullo impidió que se abriesen nuevas negociaciones.

Los últimos instantes son harto confusos. Parece ser que Alemania concedió un plazo, que terminaba el día 30, para que Polonia enviase un plenipotenciario a Berlín con objeto de discutir todas las cuestiones pendientes. Varsovia designó a su embajador en la capital del Reich, para preparar las conversaciones. El embajador se presentó a las tres de la tarde del día 31 (según noticias de fuente francesa) en el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán, sin poderes especiales, por lo que von Ribbentrop se limitó a tomar nota de la comunicación del Gobierno polaco.

Como hemos dicho antes, lo que sucedió en los últimos días del mes de agosto es muy difícil de precisar a través de las diversas informaciones. Lo único cierto es que la amenaza de la guerra se hizo ya absolutamente clara.

El Papa insistió, de nuevo, aquel mismo día 31, a no abandonar los medios pacíficos que pudiesen cristalizar una fórmula de acuerdo. Dirigiéndose a las potencias interesadas, Su Santidad, por medio de Su Eminencia el Cardenal Secretario de Estado, envió el siguiente mensaje: «El Santo Padre no quiere renunciar a la esperanza de que las negociaciones en curso puedan alcanzar una solución justa y pacífica, como el mundo entero no cesa de implorar. Su Santidad suplica, por consiguiente, en nombre de Dios, a los Gobiernos de Alemania y Polonia, hagan todo lo que les sea posible para evitar incidentes, y eviten de tomar cualquier medida susceptible de agravar la tensión actual. Pide a los Gobiernos de Inglaterra, de Francia y de Italia que apoyen su demanda.»

A pesar de esta angustiosa llamada, el Pontífice no fué atendido. El día siguiente, a las primeras horas de la mañana, con la entrada de las tropas del Reich en Polonia, daba comienzo la lucha, que no tardaría muchas horas en adquirir considerable extensión.

Confiemos que en la hora de Dios, la nación polaca pueda renacer como entidad independiente, dentro de los límites que exige la justicia, y pueda dar nuevos días de gloria a la Iglesia y al mundo entero.

JOSÉ-ORIOI CUFFÉ CANADELL.

J. S. G.

B A R C E L O N A

*Fabricación de Altas Fantasías
en Lanería para Caballero*

M. Corominas, S. A.

Casa fundada en 1820

SABADELL

CUEVAS DE ARTÁ

¡Obra del Supremo Hacedor!

¡Maravilla Subterránea!

¡Visión Dantesca!

PUNTIMALLA, S. A.

Tarrasa

H. de D. D.

TARRASA

¡Visite Mallorca!

Si precisa artículos de vestir, acuda a los

Almacenes "**La Primavera**"

Quint, 6 - Jaime II, 78 - San Nicolas y Jovellanos, 1

Juan ROCA

FÁBRICA DE CURTIDOS

TORRE DEL AMOR, 4
PALMA DE MALLORCA

FÁBRICA DE TEJIDOS DE LANA

AYMERICH y AMAT

ALMACÉN Y DESPACHO:
ALCÁZAR DE TOLEDO, 50
TELÉFONO 2344

TARRASA

S. G. A. B.

BARCELONA

INDUSTRIAL ANÓNIMA

G. V. C.

BARCELONA